

Élisée Reclus

LA ANARQUÍA Y OTROS TEXTOS

*Prólogo y selección de
Eulalia Ribera Carbó*

Clásicos de la resistencia civil

CLÁSICOS DE LA RESISTENCIA CIVIL

La anarquía y otros textos

La colección *Clásicos de la resistencia civil* expone el pensamiento de grandes personajes del mundo en pro de la no-violencia, la autogestión social y el respeto de los derechos humanos y ciudadanos, prologados por especialistas reconocidos en cada autor.

EJEMPLAR GRATUITO

ÉLISÉE RECLUS

La anarquía

y otros textos

*Prólogo y selección
Eulalia Ribera Carbó*

**Universidad Autónoma del
Estado de Morelos**

Dr. Alejandro Vera Jiménez
Rector

Dra. Patricia Castillo España
Secretaria General

Javier Sicilia
Secretario de Comunicación Universitaria

Francisco Rebolledo
Director de Comunicación Intercultural



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

Reclus, Élisée, 1830-1905

La anarquía y otros textos / Élisée Reclus ; prólogo y selección Eulalia Ribera Carbó - - México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2016.

87 p. - - (Colección Clásicos de la resistencia civil ; 14)

ISBN 978-607-8332-45-8 (Colección)
ISBN 978-607-8434-88-6 (v.14)

1. Anarquismo 2. Cambio social

LCC HX833 DC 335.83

LA ANARQUÍA Y OTROS TEXTOS

Élisée Reclus

De la colección

Clásicos de la resistencia civil

D.R. © 2016, por el prólogo, Eulalia Ribera Carbó

D.R. © 2016, Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Av. Universidad 1001, Col. Chamilpa
Cuernavaca, Morelos, 62210, México

Colección dirigida por Francisco Rebolledo
Dirección de Comunicación Intercultural
Secretaría de Comunicación Universitaria

Cuidado editorial: Roberto Abad
Diseño: Araceli Vázquez Mancilla

ISBN: 978-607-8332-45-8 Colección *Clásicos de la resistencia civil*
ISBN: 978-607-8434-88-6

Reservados los derechos de impresión/Impreso en México

Contenido

Prólogo	11
La anarquía	37
El manantial	53
El ciclo de las aguas	63
Alocución del padre a sus hijas y a sus yernos	67
Prefacio de <i>El hombre y la Tierra</i>	71
México	75
Sindicato de las naciones	79
A la redacción de <i>La Huelga General</i>	85

Prólogo

Prólogo

A Proudhon Carbó, quien desde pequeño aprendió en las páginas de *El Hombre y la Tierra* y me habló por primera vez, cuando niña, de Élisée Reclus.

La felicidad, tal como la comprendemos, no es, pues, un simple goce personal [...] sólo es verdad profunda y completa en cuanto se extiende a la humanidad entera.

ÉLISÉE RECLUS, *El Hombre y la Tierra*¹

FUE UN SABIO JUSTO y rebelde. Así lo consignó el historiador del anarquismo, el austriaco Max Nettlau, en el título de la biografía en dos volúmenes que le dedicó a su amigo en 1929². Jean Jacques Élisée Reclus³ nació el 15 de marzo de 1830 en Sainte-Foy-la-Grande, a orillas del río Dordoña en el departamento de la Gironda, situado en la región de Aquitania al suroeste de Francia, y llegó a ser uno de los más insignes exponentes de la geografía francesa del siglo XIX, además de un importante teórico del pensamiento anarquista. Su humanismo universal y el convencimiento sobre la construcción futura de una sociedad única y fraterna, se gestaron a lo largo de una vida de estudio, de trabajo incansable y de compromiso ideológico y social, que le valieron largos exilios y una dura estancia en prisión.

Creció en el seno de una familia protestante. Su padre, quien fuera pastor de la iglesia de Sainte-Foy y después de la de Orthez, dio ejemplo de integridad, de entrega al trabajo comunitario, y de respeto y tolerancia a sus catorce hijos. Por lo visto era un hombre esencialmente bondadoso y de eso, sin duda, aprendió su

¹ Reclus, *El Hombre*, 1932 - 1933, t. 6, p. 378.

² Nettlau, *Eliseo*, sin año.

³ Buena parte de la literatura que se cita en este trabajo se refiere a Reclus con su nombre de pila traducido al castellano: Eliseo.

hijo Élisée. Sin embargo, muy pronto, él y su hermano mayor, Élie, se alejaron del camino religioso que les trazaba el padre.

De pequeño, Élisée Reclus pasó largas temporadas con sus abuelos maternos en el pueblo de La Roche-Chalais, donde una laxa disciplina le permitía corretear incansablemente por el campo a la vera del río Dronne. Más tarde en su vida, aquellas primeras impresiones del paisaje francés inspirarían alguno de sus escritos más hermosos. En 1842, a los doce años, ingresó junto con Élie a un colegio de estudios secundarios en Neuwied, en la Prusia renana, donde se encontró en un ambiente cosmopolita en el que rápidamente se aplicó en el conocimiento del alemán, aprendió griego y latín, pero también el inglés y el holandés con sus compañeros de clase⁴. Es posible pensar que fueron todas esas tempranas experiencias de infancia, las que templaron el carácter de Reclus, y lo dispusieron a la vocación geográfica que intentó abarcar el estudio y la comprensión de todos los pueblos del mundo, y a su postura libertaria de respeto solidario entre los hombres, organizados en una sociedad que, aunque universal, sea respetuosa de la diversidad.

Más tarde el joven Élisée, siempre con su hermano mayor y por disposición de su padre, inició estudios teológicos en la facultad protestante de Montauban, cerca de Toulouse. Su estancia ahí fue corta, pero en aquellos meses de 1848 y 1849, al calor de la revolución republicana en contra de Louis Philippe d'Orléans encabezada simultáneamente por el socialista Louis Blanc y por Louis Napoléon, fue cuando Reclus se inició de lleno en el mundo de las ideas sobre la solidaridad, la autonomía, el anarquismo. Con Élie y un amigo de ambos pasaban largas horas en el campo cercano, tumbados sobre la hierba leyendo a Pierre Leroux y a Joseph Proudhon⁵. Un día, decidieron hacer juntos una excursión para conocer el mar. Dejando atrás la ciudad de Montauban, atravesaron caminando las estribaciones más sureñas del Macizo Central francés. La sensibilidad y el entusiasmo de Élisée por el paisaje eran tales, que después su hermano contaría cómo a la vista de la inmensidad azul del Mediterráneo, desde

⁴ Nettlau, *Eliseo*, sin año.

⁵ Pierre Leroux (1797-1871) fue masón y sansimoniano, y más tarde propuso un socialismo republicano que hiciera posible a un tiempo la igualdad con la libertad del individuo; Pierre Joseph Proudhon (1809 - 1865) es uno de los fundadores del pensamiento anarquista.

una colina cercana, Élisée no pudo controlar su emoción y le dio un mordisco en el hombro que le hizo sangrar⁶. La escapada excursionista le valió la expulsión de la escuela y eso significó el alejamiento definitivo de Reclus respecto de la teología y la religión. Años más tarde escribiría: “La verdadera moral es la que se eleva desde el corazón espontáneamente, sin orden desde fuera, sin esperanza de recompensa, ni temor de castigo”⁷.

Vinieron después unos meses entre 1850 y 1851 en la Universidad de Berlín, en los que Reclus atendió todos los cursos de geografía, y con especial interés los del famoso profesor Karl Ritter, considerado, al lado de Humboldt, el padre de la geografía moderna. Parece ser que la relación personal entre ambos no se restringió a la fascinación que sintió el alumno por el notable profesor; el sabio alemán recaló en la atención que le ponía el joven francés, y la amistad que le prodigó el maestro fue una de las grandes alegrías de Reclus⁸. Fue poco tiempo y la única educación geográfica universitaria de su vida, pero bastaron para consolidar definitivamente su vocación científica por la ciencia de la Tierra.

Al final del verano de 1851 se reunió con Élie en Estrasburgo, y juntos emprendieron un viaje de más de veinte días a pie de regreso a Orthez, a casa de sus padres. Durante la caminata en la que cruzaron ríos a nado y durmieron al aire libre, se gestó el primer texto de Reclus sobre anarquismo. Titulado *El desarrollo de la libertad en el mundo*, se le conoce como el manuscrito de Montauban y nunca fue publicado en vida del autor. En él define a la anarquía: “Nuestro destino es llegar a ese estado de perfección ideal en el que las naciones ya no tendrán necesidad de estar bajo la tutela de un gobierno o de otra nación; es la ausencia de gobierno, es la anarquía, la más alta expresión del orden”⁹.

El anarquismo, al igual que el resto de los socialismos, fue una respuesta teórica a los problemas sociales generados por las contradicciones más agudas del capitalismo, exacerbadas por la Revolución Industrial. Todos los socialistas abogaron por la instauración de un orden nuevo que habría de ser consecuencia de la organización en torno al trabajo colectivo. Creían en el

⁶ Nettlau, *Eliseo*, sin año.

⁷ Reclus, *Correspondencia*, 1943.

⁸ Ferretti, “Comment”, 2010.

⁹ Reclus, *Écrits*, 2012, p. 172.

cambio revolucionario, pero los comunistas “autoritarios” sostenían que la revolución la haría el pueblo encabezado por una vanguardia política que, después del triunfo, organizaría una dictadura proletaria de signo popular. En cambio, los comunistas “libertarios” o anarquistas sostenían que era imprescindible la abolición del Estado junto con la de la propiedad privada, ya que solamente así se lograría la verdadera igualdad económica y política; la organización de un Estado proletario, aseguraban, terminaría por crear una casta privilegiada que oprimiría la libertad de los otros. En cambio, la verdadera emancipación del hombre sólo se logrará con la suma de las voluntades individuales libremente asociadas¹⁰.

A mediados del siglo XIX, con apenas poco más de veinte años, Élisée Reclus ya era anarquista y había escrito su manifiesto. Más adelante conocería a algunos de los personajes más destacados de la Idea¹¹, y participaría en la Primera Internacional y en algunos congresos libertarios, donde expondría sus ideas, manteniendo siempre una postura crítica e independiente. Por lo pronto, poco después de la llegada a Orthez, se produjo el golpe de Estado de Louis Napoléon. Los dos hermanos Reclus se manifestaron en defensa de la República frente al edificio del ayuntamiento local, lo que les valió la amenaza de una inminente detención, y por ello tuvieron que abandonar Francia para pasar unos años como exiliados en Gran Bretaña.

Después de un tiempo en Londres, Élisée encontró un empleo en Irlanda en una finca cercana a Dublín, en la que estuvo encargado de la administración y de la supervisión y mejoramiento de los cultivos. Su estancia en el campo irlandés le inspiró para concebir el proyecto de su primera gran obra de geografía: *La Tierra. Descripción de los fenómenos de la vida del Globo* escrita y publicada en dos volúmenes quince años después, entre 1868 y 1869, y en cuya introducción Reclus declara su entusiasmo por los fenómenos de la superficie terrestre, pero de manera indisoluble con su ánimo por el ideal libertario:

...Desde entonces no cesé de trabajar en esta obra en los diferentes países adonde mi amor a los viajes y los azares de

la vida me llevaron. Fue un gran placer para mí poder contemplar con mis propios ojos y analizar casi todas las grandes escenas de la destrucción y la renovación. [...] No sólo me dirigí a los libros para conocer la tierra, sino a la tierra misma. Después de largas investigaciones en el polvo de las bibliotecas volví siempre a la gran fuente positiva y animé mi espíritu con el estudio directo de los fenómenos mismos. Las curvas de los más pequeños arroyos, los granos de arena de la duna y los pliegues de la playa no fueron para mí menos instructivos que las sinuosidades meándricas de los grandes ríos, las potentes acumulaciones montañosas y la enorme superficie del Océano. [...] Puedo decir con el sentimiento del deber cumplido: para guardar la claridad de la mirada y la rectitud de mi pensamiento, recorrí el mundo como hombre libre, contemplé la naturaleza con una mirada franca y a la vez orgullosa, recordando que la antigua Freya era al propio tiempo la diosa de la tierra y la de la libertad¹².

En Irlanda, Reclus estaba a punto de empezar sus largos periplos de viajero incansable. A principios de 1853 se embarcó en el puerto de Liverpool con rumbo a Nueva Orleans. La idea de instalarse en América, y en concreto en la América tropical, se había gestado tiempo atrás, pensando en la posibilidad de crear una comunidad agrícola en la Nueva Granada, hoy Colombia, donde se respiraba un ambiente de radicalismo social y anticlerical. Mientras tanto, en Luisiana trabajó como cargador del puerto y como campesino, hasta que logró colocarse como profesor en casa de una familia de apellido Fortier, dueña de una plantación esclavista ubicada en la margen derecha del río Misisipi, 80 kilómetros al norte de Nueva Orleans. La inmersión en aquel mundo de amos y esclavos provocó en Reclus una profunda aversión a ese sistema cruel e inhumano, lo que finalmente lo convenció de abandonar los Estados Unidos. No podía seguir cobrando un sueldo que, decía, se pagaba robando a los negros, quienes con su sudor y su sangre, “son quienes han ganado el dinero que yo me guardo en el bolsillo”¹³.

¹⁰ Joll, *Los anarquistas*, 1968.

¹¹ Los anarquistas se referían a su pensamiento revolucionario como la Idea.

¹² Citado en Nettlau, *Eliseo*, sin año, vol. I, pp. 199, 200.

¹³ *Les frères Reclus*, 1964, p. 31.

Mientras tanto, Reclus supo aprovechar bien su estancia norteamericana. Exploró el terreno, hizo numerosos cuadernos de apuntes con sus observaciones geográficas, colaboró en periódicos locales publicados en lengua francesa con artículos de contenido sociopolítico firmados con pseudónimo, y redactó un texto titulado *Fragmento de un viaje a Nueva Orleans*¹⁴, en el que describió el mar de las Antillas, el delta del Misisipi y la ciudad de Nueva Orleans, haciendo compatibles el rigor científico con un lenguaje de gran inspiración poética. El trópico le caló hondo, incluso en los resabios de la religiosidad inculcada por su padre. En algunas cartas, contó a su madre y a su hermano al respecto:

[...] para conocer, es preciso ver. Había leído muchas frases sobre el mar de los trópicos, pero nunca lo comprendí hasta ver con mis propios ojos sus islas verdes y sus fajas de algas, con sus largas procesiones de moluscos rosados y sus grandes sábanas de luz fosforescente [...] Es realmente mágico este cambio de decoración interior operado por un cambio de residencia: todas las ideas muertas que había ido quemando a fuego lento dentro de mí [...] desde que he visto las olas doradas de los trópicos, desde que he visto a los colibrís volar en medio de las latanias, he hecho un paquete con todos los trapos de mi viejo hombre y lo he tirado al Mississippi [...]¹⁵

Pero la realidad de la plantación lo sublevaba, la vida en la finca lo aburría y el calor húmedo lo enervaba y debilitaba. Ansiaba ver montañas y torrentes; “[...] ver la tierra es para mí tanto como estudiarla; mi único estudio verdaderamente serio es el de la geografía [...], y creo que es mucho mejor observar la naturaleza en ella misma, que figurársela en el fondo de su cuarto de trabajo”¹⁶. Así que en 1856 hizo la maleta y se lanzó por fin a la realización de su ansiado plan de crear una colonia agrícola comunitaria en la Nueva Granada. En el trayecto viajó por el Caribe, visitó Cuba e hizo parada en el istmo panameño. Finalmente llegó a Portobello, pasó por Cartagena y subió por el río Magda-

lena hasta Barranquilla. Después se trasladó a las ciudades de Santa Marta y Riohacha montado en una mula y acompañado de un guía, recorriendo los llanos y explorando la selva alta. Dio lecciones de inglés y de francés para procurarse algún dinero. Después hizo ascensos a la Sierra Nevada, sistema montañoso pegado al litoral caribeño, en el extremo más norteño de la cordillera andina. En sus faldas debía llevarse a cabo el proyecto de la huerta cooperativa que, sin embargo, enseguida fracasó. El socio francés con quien debía financiar la idea no respondió como debía, y Reclus cayó gravemente enfermo de fiebre, teniendo que pasar muchas semanas postrado y viviendo en condiciones lamentables. Con ayuda de su hermano desde París, regresó a Francia en julio de 1857.

La aventura colombiana no fue en vano. Reclus volvió a su patria reafirmado del todo en las ideas del comunismo libertario, y decidido a ejercer profesionalmente la geografía. Durante los siguientes años escribió trabajos sobre la Nueva Granada, la Sierra Nevada de Santa Marta y preparó un atlas de Colombia¹⁷. Publicó artículos en el *Boletín de la Sociedad Parisiense de Geografía*, en la *Revista de dos mundos*, tradujo al francés *La configuración de los continentes*, de Karl Ritter. Pronto fue contratado por la casa editorial Hachette para hacer viajes y publicar las guías respectivas. Hay que tener presente que en el ambiente internacional de expansión imperialista de las grandes potencias industriales, en el que Francia ejercía un papel destacado, era creciente el interés por los libros de viajes y por los textos geográficos que describían lugares remotos y “exóticos”. El empleo le permitió realizar su anhelo de explorador y científico entre 1859 y 1862¹⁸. Y en 1869 publicó *Historia de un arroyo*, un pequeño libro que alcanzó una gran popularidad, y que desde su aparición ha seguido siendo publicado y leído. En él, Reclus hace gala de un lenguaje inspirado y poético para describir el curso del agua en su ciclo completo. La contemplación de la naturaleza siguiendo al agua, sirve no sólo para describir paisajes y para una reflexión que hoy llamaríamos ecológica, sino también para transmitir la moral libertaria¹⁹.

¹⁴ Puede verse en una traducción castellana en: *La geografía*, 1999.

¹⁵ Citado en Nettlau, *Eliseo*, sin año, pp. 107, 108, 110.

¹⁶ *Ibid.*, p. 107.

¹⁷ Ver: *Un nombre*, 2014.

¹⁸ Vicente, *Eliseo*, 1983.

¹⁹ Reclus, *Histoire*, 1869.

La década de 1860 también fue para Reclus de intensa actividad política, aunque siempre mantuvo su libertad de acción y de pensamiento sin pertenecer a un grupo determinado. En 1862 conoció a Karl Marx durante la exposición universal de Londres. En 1864, en París, Élie y Élisée entablaron relaciones con Mijail Bakunin, quien los acercó a su sociedad clandestina Fraternidad internacional. Bakunin describiría así a los hermanos Reclus: “Dos sabios, y al mismo tiempo los hombres más modestos, más nobles, más desinteresados, más puros, más religiosamente consagrados a sus principios que haya encontrado en mi vida”²⁰. Élie, con colaboración de Élisée, publicó una revista cooperativista llamada *La asociación*, y creó un banco comunitario que fracasó pronto. Mientras tanto Élisée asistió a mítines, entabló contacto con los círculos anarquistas italianos, y en 1868 participó por primera vez como orador, en una reunión celebrada en Berna: el Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad. En su discurso defendió los principios de una república federativa, en la que los municipios serían reemplazados por asociaciones productoras libremente constituidas, y en la que desaparecerían las fronteras para dar paso a una patria universal²¹.

Llegó 1870. En julio estalló la guerra franco-prusiana, como parte de la tensión geopolítica por el control de territorios y por mantener un mayor rango de influencia en el ámbito europeo. Ante la supremacía de los ejércitos prusianos, Napoleón III capituló en septiembre. Pero la rendición no significó el fin de la guerra. En París, un levantamiento popular declaró la Tercera República y un Gobierno de Defensa Nacional. Entonces Bismarck decidió sitiar la capital francesa. Después de casi cinco meses, en enero de 1871, la dureza del sitio obligó finalmente al gobierno republicano a firmar el armisticio con los prusianos en Versalles y se restableció la monarquía. Pero gran parte del pueblo parisino no estuvo conforme. Se votó por la continuación de la guerra y la República. Élisée y Élie fueron activistas por la continuación de la lucha y llamaron a votar por la instauración de La Comuna. Escribió Élie: “...Si tú (la nueva revolución francesa) eres lo que creemos, eres entonces la nueva era, la República de los Estados Unidos del Mundo, ¡la *Commune* univer-

²⁰ Reclus, *Correspondencia*, p. 135.

²¹ Clark, “Introducción”, 2015.

sal”²². La rebelión popular armada tomó las calles y la Guardia Nacional convocó a unas elecciones para organizar a un nuevo concejo municipal. La consigna fue: “primero la República francesa, luego la República universal. No más ejércitos permanentes sino la nación en armas. No más oposición a la esclavitud o a la dictadura del tipo que sea, sino la nación soberana, los ciudadanos libres gobernándose según su voluntad”²³. Los intentos por lanzar al ejército contra el pueblo fracasaron. El 28 de marzo, después de las elecciones, fue proclamada la Comuna que gobernó París durante dos meses: se organizaron asambleas vecinales, se abolió la pena de muerte, se administraron las fábricas abandonadas por sus dueños, se cancelaron deudas bancarias y alquileres atrasados, se redujo la jornada de trabajo, se suprimió el subsidio al culto religioso.

La Comuna fue un primer gran y simbólico ensayo de una sociedad libertaria, autogestionaria. Y, por supuesto, ahí estuvieron los hermanos Reclus. Élie participó activamente editando un periódico; fue nombrado director de la Biblioteca Nacional, y se entregó con valentía a resguardarla de robos, incendios y otros peligros que corrió durante los tiempos de combate²⁴. Ya desde el sitio sobre París a la Tercera República, Élisée se alistó como voluntario en la Guardia Nacional y parece ser que colaboró con el Observatorio aerostático a cargo de Gaspar Tournachon, renombrado fotógrafo de la época, mejor conocido como Nadar, quien fuera su amigo el resto de la vida. El Observatorio era una compañía de globos aerostáticos desde los que se tomaban fotografías de las posiciones enemigas y con los que se llegó a facilitar la salida y la entrada de personas y víveres. Impartió cursos de geografía francesa a maestros, publicó artículos políticos, ideó la utilización de Las Tullerías como museo contiguo al Louvre, redactó panfletos que convocaban a la fraternidad universal.

La forma trágica en que acabaron los dos meses de ensayo revolucionario en París con la entrada de las tropas francesas comandadas por Adolfo Thiers, quien más temía a los parisinos radicales que a los enemigos prusianos, torció la vida de Élisée

²² Citado en Nettlau, *Eliseo*, sin año, vol. I, pp. 263, 264.

²³ Carbó, “La Comuna”, 1995.

²⁴ Reclus, *Correspondencia*, 1943.

Reclus. A la muerte de miles de combatientes por las calles siguieron los fusilamientos masivos de federados, y finalmente la aprehensión, la tortura y el encarcelamiento de muchos. Reclus fue capturado y enviado con tantos otros hasta Versalles. Su hermano Élie contó el calvario que les hicieron pasar durante la marcha. Fatiga, dolor, burlas y vejaciones. Entre los prisioneros, escribió: “se hallaba el hombre que yo amo, estimo y respeto más en el mundo”²⁵.

Siguieron meses de cárceles diversas. Los traslados de una a otra intentaban aislarlo, siempre inútilmente. Reclus, en medio de sus sufrimientos, aprovechaba el tiempo. Solicitó a su mujer y su familia el envío de libros, escribió textos y dictó conferencias de geografía a sus compañeros de encierro, dio lecciones de inglés y de matemática, estudió la lengua flamenca y organizó juegos de ajedrez, además de encargarse de una pequeña biblioteca. Finalmente se le formó consejo de guerra. “Hoy, 15 de noviembre de 1871, el Consejo de Guerra permanente de la 1ª División Militar [...] ha declarado al nombrado Reclus, Eliseo Santiago, escritor geógrafo, culpable de haber llevado armas aparentes en el movimiento insurreccional de París y de haber hecho uso de sus armas [...] dicho Consejo condena al nombrado [...] a la pena de deportación [...]”²⁶.

La deportación a la Nueva Caledonia fue el destino de muchos de los condenados por haber participado en la Comuna, pero no el de Reclus. En diciembre, llegó de Londres una primera petición con 61 firmas de connotados científicos, solicitando al gobierno de Thiers la liberación del prestigioso geógrafo francés. Siguieron otras. Decían: “[...] nos atrevemos a pensar que esta vida no pertenece solamente al país que le vio venir al mundo, sino al orbe entero, y que si un hombre como éste es condenado al silencio o a languidecer lejos de los centros de la civilización, Francia no haría más que mutilarse y rebajar su legítima influencia en el mundo [...]”²⁷. La presión internacional obligó al gobierno francés a conmutar la pena por la de 10 años de destie-

²⁵ *Ibid.*, p. 272.

²⁶ Reclus, *Correspondencia*, 1943, pp. 113, 114.

²⁷ Citado en Nettlau, *Eliseo*, sin año, vol. I, pp. 288, 289.

ro, y así llegó Reclus, esposado, hasta la frontera con Suiza el 14 de marzo de 1872.

En el país alpino pudo rehacer la vida. Publicó el libro *Historia de una montaña*²⁸, que había proyectado durante su estancia en las cárceles después de la Comuna de París. Junto con la *Historia de un arroyo* tenemos dos pequeñas joyas científico literarias, que permiten apreciar la sensibilidad ambiental de corte ecológico de su autor, el valor de su tarea como historiador de la naturaleza, y su anhelo de un mundo organizado en sociedades justas, pacíficas y compuestas de individuos libres.

No puede dudarse de que estamos en vísperas de llevar a cabo los cambios más importantes en el aspecto de la naturaleza, así como en la vida de la humanidad; ese mundo exterior, que tan poderosamente hemos modificado ya en su forma, lo transformaremos para nuestro uso más enérgicamente aún. Según van creciendo nuestro saber y nuestro poder material, la voluntad humana se manifiesta más imperiosa frente a la Naturaleza. Actualmente, casi todos los pueblos que se llaman civilizados emplean todavía la mayor parte de su sobrante anual en preparar los medios de matarse mutuamente y de asolar los territorios ajenos, pero cuando, con mejor consejo, lo apliquen a aumentar la fuerza productiva del suelo, a utilizar en comunidad todas las fuerzas de la tierra, a suprimir todos los obstáculos naturales que se oponen a la libertad de nuestros movimientos, cambiará ante la vista la apariencia del planeta que en su torbellino nos lleva. Cada pueblo dará, digámoslo así, nueva vestidura a la naturaleza que le rodee. Con campos y caminos, moradas y construcciones de todo género, por la agrupación impuesta a los árboles, por el ordenamiento general de los paisajes, la población dará la medida de su ideal propio. Si posee en realidad el sentimiento de la belleza, hará la Naturaleza más hermosa; pero si la gran masa de la humanidad tuviera que seguir como es hoy, grosera, egoísta y falsa, continuará gra-

²⁸ Reclus, *Histoire*, s/a.

bando tristes huellas en la tierra. Entonces será una verdad el grito del poeta: ¿Y dónde huiré? ¡La Naturaleza se afea!²⁹.

El exilio se prolongó cerca de veinte años, durante los cuales Élisée Reclus se consolidó como un teórico anarquista y desarrolló su más extensa obra geográfica: la *Nueva Geografía Universal*. En julio de 1872 firmó con la casa editorial Hachette un contrato para escribir esa obra monumental de geografía descriptiva del mundo, que resultó en 19 tomos de diecisiete mil páginas en total³⁰. El empleo le representó a Reclus un trabajo intenso y viajes constantes. Los capítulos de la *Nueva Geografía* fueron apareciendo fechados entre 1876 y 1894 en fascículos quincenales. Fue una proeza editorial haber mantenido durante casi dos décadas a miles de suscriptores y compradores con interés en la obra, proeza que, aparte de la capacidad de difusión y distribución de Hachette por todo el territorio francés, se debió sin duda a la calidad científica y literaria de Reclus quien, además, en los textos de sus entregas se prodigó en detalles e incluyó ilustraciones y mapas magníficos. El autor y su obra se convirtieron en el máximo referente de la geografía en aquellos años³¹.

La relación laboral con Hachette fue buena aunque no estuvo exenta de tensiones. Durante las negociaciones antes de la firma del contrato se le había impuesto al geógrafo una condición tajante: que su geografía descriptiva no fuera “político-religioso-sociológico-¡militante!”³². Reclus cumplió con ello lo mejor que pudo, pero continuó con su vida políticamente activa, colaborando con periódicos y revistas anarquistas, impartiendo conferencias, publicando textos, involucrándose en los trabajos de la Federación del Jura –grupo anarquista adscrito a la I Internacional– y estrechando sus vínculos con algunas de las figuras más importantes del anarquismo europeo, aunque siempre, como ya se dijo, manteniendo su independencia de opinión y actuación.

Tal fue el caso de su amistad con Mijail Bakunin y Piotr Kropotkin. Del primero, a petición expresa del mismo, corrigió

la versión francesa de sus dos últimas obras. Bakunin murió en Berna en julio de 1876, y fue Reclus quien hizo un discurso durante el funeral. Después, como parte de un comité internacional formado para la edición de las obras póstumas del anarquista ruso, fue el encargado de ordenar los manuscritos y seleccionarlos, para publicarlos con el célebre título de *Dios y el Estado* que, según Max Nettlau, fue escogido por el propio Reclus³³. La relación con el príncipe Kropotkin empezó en Suiza y no se ciñó exclusivamente a las afinidades y el compañerismo de los ideales y las luchas. Kropotkin, quien había hecho una intensa actividad científica de tipo geográfico en Rusia, colaboró con Reclus en 1880 para el desarrollo de los volúmenes sobre Rusia, Siberia y Europa del Este de la *Nueva Geografía*. Y Reclus prologó la primera edición francesa de *La conquista del pan* de 1892³⁴, e incluso fue quien sugirió el título de esa compilación de artículos periodísticos de Kropotkin.

Por esos años Reclus ya era uno de los representantes más destacados del comunismo libertario. En 1880 dictó una conferencia en Ginebra titulada *Evolución y Revolución* que fue muy difundida, traducida, publicada en diversas ediciones, y retrabajada después en forma de libro con el título *La evolución, la revolución y el ideal anarquista*. La historia, según Reclus, se compone de una serie de logros que producen una evolución intelectual que siempre antecede a una revolución. Y ésta, siempre precederá a una evolución nueva. Evolución y revolución no siempre implican un progreso ni se orientan necesariamente hacia la justicia y, frecuentemente, los ideales revolucionarios se transforman en prácticas e ideologías autoritarias. Pero un día vendrá en que las conciencias, que son la verdadera fuerza de la sociedad, evolucionarán y aprenderán a asociarse y, entonces, la oposición de las fuerzas reaccionarias cederá y la revolución será más fácil y pacífica; las ideas y su realización se confundirán en una sola, y la vida de los hombres y del mundo funcionará armónicamente³⁵.

Los años ochenta y primeros noventa, mientras escribía sus entregas de la *Nueva Geografía* y hasta que terminó la última,

²⁹ Reclus, *La montaña*, 1943, pp. 173, 174.

³⁰ Reclus, *Nouvelle*, 1876 - 1894.

³¹ Dunbar, *Élisée*, 1978.

³² Citado en Nettlau, *Eliseo*, sin año, vol. II, p. 7.

³³ Nettlau, *Eliseo*, sin año.

³⁴ Kropotkin, *La conquista*, 1892.

³⁵ Reclus, *Evolución*, sin año.

fueron de frecuentes y largos viajes de estudio. Reclus estuvo en Inglaterra, Escocia, Austria, Hungría, España, Portugal, Italia, Grecia, Turquía, Egipto, Malta, Córcega, Túnez, Argelia y Senegal. También cruzó el Atlántico dos veces para visitar numerosas ciudades del noreste de Estados Unidos y de Canadá, y una para recorrer diversas regiones del Brasil. Por México sólo había pasado de largo en su camino de Nueva Orleans a la Nueva Granada, pero en su extenso capítulo titulado *Indias Occidentales, México, istmos americanos, Antillas* analiza la historia mexicana, la condición mundial del país derivada de su situación entre dos océanos y bajo la voracidad de los imperios, la integración de los indios a la nación mexicana y el régimen social de sus tierras de propiedad comunal, el contraste entre territorios en vías de modernización económica y otros pobres y marginados, los peligros que representaban para la integridad territorial del país las concesiones ferroviarias a compañías extranjeras, y las dificultades de la vecindad con los Estados Unidos³⁶.

Reclus había rechazado en 1879 una amnistía parcial –precisamente por no ser general– para los presos que habían participado activamente en la Comuna. Sin embargo, a partir de los años ochenta estuvo algunas veces en Francia, hasta que se instaló de nuevo en París en 1890. Los cuatro años que pasó de nuevo en la capital francesa continuaron siendo de mucho trabajo. En 1892 fue condecorado por la Sociedad de Geografía de París, y le fue ofrecida una invitación para impartir cursos de geografía como profesor agregado en la Universidad Libre de Bruselas, misma que quedó postergada por algún tiempo³⁷. También fueron años de gran tensión política. La “propaganda por el hecho”, estrategia del movimiento anarquista basada en atentados individuales y alteraciones del orden colectivo como acción revolucionaria de gran resonancia, desató una intensa represión al final del siglo XIX y comienzo del XX. Reclus colaboraba esporádicamente con periódicos anarquistas como *Le Révolté*, que después se convirtió en *La Révolte* y en *Les Temps Nouveaux*, cuya fundación había apoyado y con los que in-

³⁶ Ver: Bataillon y Prévot-Schapiro, 2005.

³⁷ Vicente, *Eliseo*, 1983.

cluso contribuyó pecuniariamente mientras pudo. Todavía en Suiza, en 1885, la policía había hecho un registro domiciliario en su casa de Clarens, requisando cartas y manuscritos. Pero después, el acoso sobre la familia Reclus, de nuevo instalada en París, fue inaguantable. El hijo de Élie, Paul Reclus, había sido injustamente acusado de estar involucrado en un atentado con bomba en el salón de sesiones del Parlamento francés. Continuaron seguimientos, vigilancia, registros domiciliarios y hostigamientos que, finalmente, orillaron a los hermanos Élisée, Élie y más tarde Louise, recientemente viuda, a trasladarse a Bélgica. También Paul acabó mudándose al país flamenco³⁸.

Así, durante la etapa belga de 1894 a 1905, la del final de su vida, Élisée tuvo cerca a algunos de sus parientes más queridos. Louise le ayudaba con sus escritos y su correspondencia, y Paul se convirtió en su colaborador más estrecho. Todos vivían en el mismo barrio suburbano de Bruselas, Lagos de Ixelles, y él se trasladaba cada día en tranvía eléctrico a su despacho de la universidad³⁹. Fueron diez años fructíferos. En 1895 Reclus terminó su relación laboral de casi 40 años con la editorial francesa Hachette. La intención de nuestro geógrafo había sido publicar en ella el último volumen de conclusiones de la *Nueva Geografía Universal*, en el que pretendía desarrollar una geografía social con sus reflexiones sobre las relaciones del hombre con la naturaleza a lo largo de la historia. Hachette, nuevamente, le había impuesto condiciones de censura a sus ideas sociales radicales, y fue así como Reclus decidió buscar otro editor que le asegurara libertad de expresión. “[...] Hachette ha rechazado mi obra porque los miembros del ejército, de la magistratura, del clero le negarían el concurso de sus compras”, escribía en una carta a su amigo Nadar⁴⁰.

Entonces, aquel proyecto que había sido pensado como un pequeño tomo con ideas generales que justificarían los numerosos volúmenes de geografía que había escrito sobre todas las regiones del planeta, se convirtió en su obra magna de teoría social y filosofía anarquista. Fueron seis volúmenes, que Reclus empezó de la siguiente manera, encabezando el prefacio:

³⁸ Nettlau, *Eliseo*, sin año.

³⁹ Oyón, y Serra, “Las casas”, 2012.

⁴⁰ Citado en Nettlau, *Eliseo*, sin año, vol II, p. 263.

“El Hombre es la naturaleza formando conciencia de sí misma”⁴¹. La propuesta reclusiana de una geografía social que estudie la evolución de las sociedades en su interacción con el medio ambiente, y comprometa su saber con la libertad del individuo y la justicia colectiva, plantea también la dimensión estratégica que adquieren las estructuras del espacio geográfico ante las rivalidades del poder sobre los territorios, como una perspectiva ineludible para la comprensión cabal de los procesos históricos⁴².

Para Reclus, la perspectiva evolucionista es imprescindible para comprender la relación de los hechos naturales y humanos, y en ella puede sustentarse el concepto del progreso. Sin duda, la humanidad ha progresado desde que habitaba las cavernas. Pero el verdadero progreso no sólo consiste en el crecimiento económico, el avance científico y el desarrollo tecnológico; el progreso solamente será posible si aquél del individuo se confunde de manera solidaria con el de la sociedad en su conjunto, y si se alcanzan combinadamente los intereses comunes a todos los pueblos del mundo. Además, su fe en la ciencia como arma de progreso material y superación espiritual a través de la educación, no desmerece su sensibilidad estética, íntimamente ligada a la hermosura de la naturaleza: “la impresión de la belleza precede al sentido de la clasificación y del orden: viene antes que la ciencia”⁴³. En *El Hombre y la Tierra*, las ideas de armonía presentes en el pensamiento romántico y en el planteamiento roussoniano acerca de una humanidad obediente de las leyes de la naturaleza, se combinan con la ecología darwiniana y con los principios anarquistas sobre la fraternidad universal; sólo que a los conceptos de la competencia por la vida y la selección del más fuerte de las teorías de Darwin, Reclus antepone la armonía, la cooperación y la simbiosis, como modelo que ofrece la naturaleza para la organización de la sociedad⁴⁴.

⁴¹ Reclus, *El Hombre*, 1932-1933, t. 6, p. 1.

⁴² Este carácter geopolítico de la geografía de Reclus quedó relegado del campo de estudio de la disciplina, hasta que a partir de los años setenta del siglo pasado y hasta hoy, se fuera rescatando como premisa vigente en el análisis territorial. Ver: Capron, et al., *La geografía*, 2011.

⁴³ Reclus, *El Hombre*, 1932-1933, t. 6, p. 334.

⁴⁴ Capel, *Filosofía*, 1981.

La vida en Bélgica no fue de tranquila concentración en la escritura. Desde antes de llegar a la Universidad Libre de Bruselas ya habían empezado los problemas con la institución, que por un lado lo invitaba y por otro postergaba sus cursos, ante el temor de sus posiciones políticas y la persecución policiaca a raíz del caso francés que involucró a su sobrino Paul. El consejo universitario que había contratado a Reclus como profesor se retractó de ello, argumentando que confiar un curso a un anarquista militante no era lo más conveniente⁴⁵. A propósito de esto Reclus escribió al redactor de un periódico: “Según usted, yo debería, en calidad de sabio, no ocuparme de política. ¿Y por qué, le pregunto yo? Si consideramos la política en su sentido más elevado, que es el de la preocupación por el bien público, ¿por qué debería prohibírsele al sabio? Por otro lado, ¿dónde comienza el sabio?”⁴⁶. Pero como bien ha escrito y explicado Béatrice Giblin, Reclus no era un geógrafo como los demás⁴⁷; era un sabio “de excepción”⁴⁸ y comprometido, cuya idea libertaria de esperanza en un mundo mejor lo hacía “más lúcido a mediano término y más utópico para el porvenir”⁴⁹. Y, siempre, peligroso para la gente de “orden” de su tiempo.

La controversia que generó el maltrato a un tan prestigiado Reclus en el medio de la Universidad Libre, fundada hacía 60 años bajo la premisa de la tolerancia para contraponer posturas a la Universidad Católica de Lovaina, orilló a un grupo de profesores y estudiantes radicales a hacer un llamamiento de protesta que acabó en expulsiones y dimisión del rector, y a votar en asamblea la creación de la Universidad Nueva de Bruselas, desligada del Estado y de los partidos políticos, y basada en una enseñanza integradora y libertad científica e ideológica. Los hermanos Reclus se involucraron –ambos– con el proyecto, y Élisée logró una presencia académica preponderante para la geografía. El 18 de marzo de 1898 creó en el seno de la universidad el Instituto de Geografía para la enseñanza y el estudio de la ciencia geográfica. El Instituto publicó, reeditó y tradujo textos

⁴⁵ Vicente, “Geografía”, 2006.

⁴⁶ *Les frères*, 1964, p. 149.

⁴⁷ Giblin, “Introducción”, 1986, p. 10.

⁴⁸ Giblin, “Élisée”, 2005, p. 11.

⁴⁹ Lacoste, “*Hérodote*”, 2005, p. 9.

de investigación, realizó una importante labor cartográfica, y montó una biblioteca con más de 9 000 volúmenes, 7 000 mapas y 15 000 grabados y dibujos; en sus cursos se admitía gratuitamente al alumnado. También fue registrada la empresa Sociedad Anónima de Estudios y Ediciones Geográficas Élisée Reclus, con el objetivo, no sólo de hacer labor cartográfica y divulgación científica, sino también de dar empleo a los estudiantes de geografía. Reclus comprometió su firma en el registro legal, lo que le acarreó grandes preocupaciones y desvelos ante el fracaso financiero provocado por otros socios de la empresa⁵⁰.

Los cursos impartidos por Reclus de geografía comparada, de historia de la geografía, de geografía física eran atendidos por grupos numerosísimos que, en ocasiones, llegaron a contar varios cientos de estudiantes. Su preparación corría paralela a la redacción de *El Hombre y la Tierra*, y por ello los temas y la exposición resultaban de una erudición notable que, por lo visto, se sumaba a una oratoria sería pero impregnada de la brillantez entusiasta de sus posturas anarquistas. Nunca cejó en su pasión ideológica, en el convencimiento de la utopía libertaria. En la primavera de 1904 la gran obra en seis volúmenes quedó concluida. Max Nettlau la calificó en 1928 como “la mejor flor de la literatura anarquista hasta el presente y como uno de los más bellos frutos de la ciencia”⁵¹. Apenas un año después de que empezara su publicación en París a cargo de la editorial La Librairie Universelle⁵², se publicaba en Barcelona traducida por Anselmo Lorenzo al castellano, bajo la iniciativa de Francisco Ferrer Guardia, para que sirviera de libro principal en su Escuela Moderna⁵³. Decía Ferrer: “Puestos ya a dar consejos, daremos uno a los jóvenes y hombres, seguros de que nos lo han de agradecer: que lean *El Hombre y la Tierra*,

⁵⁰ Ver: Day, *Élisée*, 1956; Vicente, “Eliseo”, 2003; Vicente, “Geografía”, 2006; Nettlau, *Eliseo*, sin año.

⁵¹ Nettlau, *Eliseo*, sin año, vol. II, p. 271.

⁵² Reclus, *L'Homme*, 1905-1908.

⁵³ Francisco Ferrer Guardia (1859 - 1909) fue creador de la Escuela Moderna fundada en Barcelona y promotora de la educación racionalista. Dicho proyecto educativo se vinculó al ascendente movimiento anarcosindicalista catalán. Tras los hechos de la Semana Trágica en la ciudad condal, en julio de 1909, Ferrer fue acusado de ser su instigador y fusilado en Montjuïc el 13 de octubre de 1909. Anselmo Lorenzo (1841 - 1914) fue uno de los primeros anarquistas españoles y considerado en su tiempo una de las mejores plumas de España. Colaboró en la fundación de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y en la editorial de la Escuela Moderna de Ferrer Guardia.

de Eliseo Reclus, que lo tengan en su biblioteca y no se cansen de leerlo, de estudiarlo y de repasarlo”⁵⁴.

Reclus aún trabajó con su sobrino Paul en las últimas correcciones, pero ya no pudo ver la obra publicada. Estaba enfermo. Desde hacía años lo fatigaba una insuficiencia cardíaca que, sin embargo, no le impidió, aparte de cumplir con su trabajo universitario, impartir cursos en Escocia, dictar conferencias múltiples, atender corresponsalías de periódicos, prologar libros de compañeros anarquistas, asistir a congresos socialistas internacionales, visitar colonias libertarias organizadas en Holanda, hablar en mítines. También viajaba a Argelia donde vivía casada una de sus hijas, y se escapaba a las montañas del Jura o de los Alpes, donde se sentía reconfortado física y espiritualmente ante la vista de los paisajes.

Todavía tuvo ánimos de desplazarse a París después de la masacre de obreros frente al palacio de invierno de San Petersburgo a fines de 1905, para participar en un mitin al que fue invitado como orador, y al que debían asistir los primeros desterrados de Rusia. El cansancio no le permitió hablar más de cinco minutos y su discurso tuvo que ser leído por otro. Pero estaba exaltado con la revolución rusa en marcha y siguió con interés los acontecimientos hasta el motín de los marineros del acorazado Potemkin en aguas del mar Negro, el 27 de junio. En mayo escribió: “A nosotros, revolucionarios de Occidente, nos toca aliarnos a nuestra vez con vosotros, muy queridos y generosos revolucionarios eslavos, caucásicos y siberianos. Sepamos obrar de acuerdo para liberar la gran patria que se extiende hasta los límites del mundo, por todas partes donde hay opresores y oprimidos”⁵⁵.

El 4 de julio de 1905 Élisée Reclus el geógrafo, el anarquista, el hombre bueno, el caminante incansable, el amante de la naturaleza, el científico de inspiración poética, el convencido de la posible felicidad individual y colectiva dentro de una sociedad fraterna y en armonía con el planeta, murió en su casa de Ixelles a las afueras de Bruselas. El príncipe Piotr Kropotkin escribió:

Con Eliseo Reclus, el movimiento revolucionario obrero de todo el mundo, pierde a una de sus más bellas figuras, como

⁵⁴ Ferrer, “Principios”, 2016, p. 93.

⁵⁵ Citado en Nettlau, vol. II, p. 298.

también a uno de sus más ardientes e integrales defensores. La ciencia pierde en él a uno de esos seres que ha más ampliamente sentido y vivido el lazo que une al hombre con el mundo entero, sea cual fuere el rincón del globo donde luce, sufra y goce la vida⁵⁶.

Eulalia Ribera Carbó

Bibliografía

Bataillon, Claude y Prévôt-Schapira, Marie-France, “Élisée Reclus: lecture(s) du territoire de l’Etat-nation mexicain”, *Hérodote*, La Découverte, n. 117, 2e trimestre 2005, pp. 105-122.

Capel, Horacio, *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea. Una introducción a la Geografía*, Barcelona, Editorial Barcanova, 1981.

Capron Guénola, Icazuriaga Carmen, et al. (eds.), *La geografía contemporánea y Élisée Reclus*, México, Instituto Mora/CIE-SAS/ColMich/Centro Geo/CEMCA, 2011.

Carbó, Margarita, “La Comuna de París”, *XV Jornadas de Historia de Occidente. Movimientos populares y reacción conservadora*, Jiquilpan, Michoacán, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, A. C., 1995, pp. 59-73.

Clark, John, “Introducción al pensamiento social de Reclus”, en *Libertad, igualdad y geografía. Ensayos escogidos de Élisée Reclus*, Madrid, Enclave de libros, 2015, pp. 27-204.

Day Hem, *Élisée Reclus en Belgique. Sa vie, son activité 1894-1905*, Paris-Bruxelles, Pensée et Action, 1956.

Dunbar, Gary S., *Élisée Reclus: Historian of Nature*, Hamden, Connecticut, Archon Books, 1978.

Ferretti, Federico, “Comment Élisée Reclus est devenu athée. Un nouveau document biographique”, *Cybergeo: European Journal of Geography*, Epistemología, Historia de la Geografía, Didáctica, documento 493, 16 marzo de 2010, [http://cybergeo.revues.org/22981; DOI: 10.4000/cybergeo.22981] [consultado el 30 de enero de 2016].

Ferrer Guardia, Francisco, “Principios de moral científica” en *Principios de moral científica y otros textos* (prólogo y selección de Anna Ribera Carbó), México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2016. (Colección Clásicos de la resistencia civil).

Giblin, Béatrice, “Introducción y selección de textos” en Reclus Élisée, *El Hombre y la Tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 7-93.

Giblin, Béatrice, “Élisée Reclus: un géographe d’exception”, *Hérodote*, La Découverte, n. 117, 2e trimestre 2005, pp. 11-29.

Joll, James, *Los anarquistas*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, S. A., 1968.

⁵⁶ *Los precursores*, sin año, p. 25.

Kropotkin, Pierre, *La conquista del pan*, (préface par Élisée Reclus), París, Tresse&Stock Editeurs, 1892.

Lacoste, Yves, “Hérodote et Reclus”, *Hérodote*, La Découverte, n. 117, 2e trimestre 2005, pp.5-9.

La geografía como metáfora de la libertad. Textos de Eliseo Reclus (presentación y selección de Daniel Hiernaux-Nicolas), México, CIC/Plaza y Valdés Editores, 1999.

Les frères Reclus. Élie et Élisée. Ou du Protestantisme à l'Anarchisme, París, Les amis d'Élisée Reclus, 1964.

Los precursores. Resúmenes biográficos y fragmentos de autores varios, Montevideo, Publicaciones Anacleto, sin año.

Un nombre expoliado. Élisée Reclus y su visión de América, (introducción y selección de textos Ernesto Mächler Tobar), Colombia, Editorial Universidad de Rosario/Banco de la República, 2014.

Nettlau, Max, *Eliseo Reclus. La vida de un sabio justo y rebelde*, Barcelona, Publicaciones de “La Revista Blanca”, sin año, 2 vols., (traducción de V. Orobón Fernández) (edición original en alemán, 1928).

Oyón, José Luis y Serra, Marta, “Las casas de Reclus: hacia la fusión naturaleza-ciudad, 1830-1871”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1 de diciembre de 2012, vol. XVI, n. 421 [<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-421.htm>][consultado el 25 de enero de 2016].

Reclus, Eliseo, *Correspondencia (de 1850 a 1905)*, (selección de Luce Fabbri), Buenos Aires, Edición Imán, 1943 (traducción del francés por Horacio E. Roqué).

Reclus, *Écrits sociaux*, édition établie par Alexandre Chollier et Federico Ferreti), Genève, Éditions Héros-Limite, 2012.

Reclus, Eliseo, *El Hombre y la Tierra*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1906 (versión española de Anselmo Lorenzo bajo la revisión de Odón de Buen), 6 tomos.

Reclus, Eliseo, *El Hombre y la Tierra*, Barcelona, edición expofesa por el Centro Enciclopédico de Cultura, 1932-1933, 6 tomos, (edición Económica autorizada por la Casa Maucci. Traducción de Anselmo Lorenzo. Bajo la revisión de Odón de Buen).

Reclus, Eliseo, *Evolución y Revolución* (traducción de A. López Rodrigo, Valencia, F.), Sampere y Cía. Ed., sin año.

Reclus, Élisée, *Historie d'un montagne*, París, J. Hetzel et Cia., s/a.

Reclus, Élisée, *Histoire d'un ruisseau*, París, Hachette, 1869.

Reclus Eliseo, *Historia de un arroyo*, México, Compañía General de Ediciones, S.A., 1958. (Colección Ideas, Letras y Vida).

Reclus, Eliseo, *La montaña*, La Plata, Argentina, Editorial Calomino, 1943.

Reclus, Élisée, *Nouvelle Géographie Universelle: la terre et les hommes*, París, Hachette, 1876-1894, 19 t.

Vicente Mosquete, María Teresa, *Eliseo Reclus, La geografía de un anarquista*, Barcelona, Los libros de la frontera, 1983. (Realidad geográfica, 5).

Vicente Mosquete Teresa, “Eliseo Reclus y su labor geográfica en la Universidad Nueva de Bruselas” en Berdoulay, Vincent y Mendoza Vargas, Héctor (eds.), *Unidad y diversidad del pensamiento geográfico en el mundo. Retos y perspectivas*, México, Instituto de Geografía-UNAM/INEGI, 2003, pp. 249-270.

Vicente Mosquete, Teresa, “Geografía y ciencia en la Universidad Nueva de Bruselas, 1894-1919”, en Pérez-Bustamante de Monasterio, Martín Fernández, José Cándido *et al.* (coords.), *Actas del IX Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, Cádiz, 27, 28, 29 y 30 de septiembre de 2005*, Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, 2006, pp. 937-957.

La anarquía y otros textos

La anarquía*

LA ANARQUÍA NO ES en absoluto una teoría nueva. La palabra misma tomada en su significado de “ausencia de gobierno”, de “sociedad sin jefes”, es de origen antiguo y fue empleada mucho antes de Proudhon.

Por otra parte, ¿qué importan las palabras? Hubo “ácratas” antes de los anarquistas, pero los ácratas todavía no habían tomado su nombre, de origen erudito, hasta pasadas ya varias generaciones. Siempre ha habido hombres libres, que han despreciado la Ley, gente que ha vivido sin amos, según el derecho primordial de su existencia y de su pensamiento. Aun en los tiempos primitivos encontramos en todas partes tribus compuestas de hombres que se rigen a su modo, sin leyes impuestas ni otra regla de conducta que “su querer y libre voluntad”, según dijo Rabelais, e impulsados también por el deseo de hallar una “fe profunda” como los “caballeros corteses” y las “damas encantadoras” que se reunieron en la abadía de Thelema.

Pero si la anarquía es tan antigua como la humanidad, al menos los que la representan aportan algo nuevo, puesto que tienen la conciencia precisa del fin que se proponen y desde un extremo al otro de la tierra están de acuerdo dentro de su ideal para rechazar toda forma de gobierno. El sueño de la libertad del mundo ha dejado de ser una pura utopía filosófica y literaria, como lo era para los fundadores de las ciudades del Sol o de las nuevas Jerusalén; y ha llegado a ser un fin práctico, activamente perseguido por multitudes de hombres que, unidos y resueltos, colaboran al advenimiento de una sociedad en la que no habrá amos ni conservadores oficiales de la moral pública, ni carcele-

* Texto publicado en el periódico *Les Temps Nouveaux*, nos. 3, 4 y 5 en París, en 1895, después de haber sido dictado como una conferencia en Bruselas, en junio de 1894.

ros ni verdugos, ni ricos ni pobres, sino hermanos que tendrán todos su pan cotidiano, iguales en derechos, manteniéndose en paz y en cordial unión, no por obediencia a las leyes, acompañadas siempre de terribles amenazas, sino por el respeto mutuo de intereses y por la observación científica de las leyes naturales.

Sin duda, este ideal parece quimérico a muchos de vosotros, pero estoy seguro también de que la mayor parte lo considera deseable y de que entrevéis a lo lejos la imagen etérea de una sociedad pacífica, en que los hombres, ya reconciliados, dejarán oxidar las espadas, fundirán los cañones y desarmarán los barcos de guerra. Además, ¿no sois vosotros de los que desde hace miles de años, según decís, trabajáis para construir el templo de la Igualdad? Vosotros sois *maçons* [albañiles] con el solo fin de *maçonner* [construir] un edificio de proporciones regulares, donde sólo entren los hombres libres, iguales y hermanos, trabajando sin cesar en su perfeccionamiento y renaciendo por la fuerza del amor a una vida nueva de justicia y de bondad. ¿No es ese vuestro objetivo? ¿Y no es verdad que hay otros que lo comparten? De ninguna manera pretendéis el monopolio del espíritu de progreso y renovación. No cometéis ni siquiera la injusticia de olvidar a nuestros enemigos manifiestos, los que os maldicen y excomulgan, los católicos fervorosos que envían al infierno a los enemigos de la Santa Iglesia, pero que también profetizan la venida de una edad de paz definitiva. Francisco de Asís, Catalina de Siena, Teresa de Ávila y otros muchos fieles de una fe que no es la vuestra, amaron ciertamente a la humanidad con el amor más sincero y debemos incluirles en el número de los que vivieron por un ideal de felicidad universal. Y ahora los miles y millones de socialistas, al margen de la escuela a la que pertenezcan, que luchan también por un porvenir en que el poder del capital será destruido y en que los hombres podrán por fin llamarse “iguales” sin ironía.

El ideal de los anarquistas es, por tanto, el mismo de muchos hombres generosos, pertenecientes a las religiones, a las sectas, a los partidos más diversos; pero los anarquistas se distinguen claramente por sus medios, como indica su nombre, sin dejar lugar a dudas ni al equívoco. La conquista del poder fue casi siempre la gran preocupación de los revolucionarios, hasta de los mejor

intencionados. La educación recibida no les permitía imaginarse una sociedad libre, que funcionase sin un gobierno regular, y en cuanto habían derribado a los amos odiados, se apresuraban a reemplazarles por otros amos, destinados, según la fórmula consagrada, “a hacer la felicidad del pueblo”. Corrientemente, no se permitían preparar ni un simple cambio de príncipe o de dinastía sin haber hecho homenaje de su obediencia a un soberano futuro. “El rey ha muerto. ¡Viva el rey!”, gritaban los súbditos, siempre fieles, hasta en su rebeldía. Durante siglos y siglos éste ha sido indefectiblemente el curso de la historia. “¿Cómo se podría vivir sin amos?”, decían los esclavos, las esposas, los niños, los trabajadores de las ciudades y de los campos, y deliberadamente ponían la cabeza bajo el yugo como el buey que arrastra el arado. Recordemos a los sublevados de 1830, que reclamaban “la mejor de las repúblicas” en la persona de un nuevo rey, y a los republicanos de 1848 retirándose discretamente a sus chozas tras haberse sometido a “tres meses de miseria al servicio del gobierno provisional”. Al mismo tiempo estallaba una revolución en Alemania y se reunía un parlamento popular en Frankfurt. “La antigua autoridad es un cadáver”, decía uno de los representantes. “Sí”, replicó el presidente, “pero nosotros vamos a resucitarla. Llamaremos a hombres nuevos que sabrán cómo ejercer el poder para restaurar la confianza de la nación”. Hay que repetir el verso de Víctor Hugo: “Un viejo instinto humano conduce a la ignominia”.

Contra ese instinto la anarquía representa verdaderamente un espíritu nuevo. No se puede reprochar a los anarquistas que traten de desembarazarse de un gobierno para sustituirlo: “quítate tú, para ponerme yo” es una frase que les repugna, y por adelantado avergüenzan, menosprecian o compadecen al compañero que, picado de la tarántula del poder, se permite solicitar algún cargo con el pretexto de hacer, él también, “la felicidad de sus conciudadanos”. Los anarquistas entienden, apoyándose en la observación, que el Estado, con cuanto de él depende, no es una pura entidad o una fórmula filosófica, sino un conjunto de individuos colocados en un medio específico cuya influencia sufren. Éstos, elevados en dignidad, en poder, en tratamiento, por encima de sus conciudadanos, son por esto mismo forzados, por decirlo así, a creerse superiores al común

de las gentes; sin embargo, las tentaciones de todas clases que les asedian les hacen caer casi fatalmente por debajo del nivel general.

Esto es lo que repetimos sin cesar a nuestros hermanos –a veces hermanos enemigos– los socialistas de Estado: “¡Tened cuidado de nuestros jefes y mandatarios! Seguramente están animados, como vosotros, de las más puras intenciones; desean ardientemente la supresión de la propiedad privada y del Estado tiránico; pero las relaciones, las circunstancias nuevas, los modifican poco a poco; su moral cambia con sus intereses y, creyéndose siempre fieles a la causa de sus representados, llegan a ser forzosamente infieles. También ellos, detentadores del poder, habrán de servirse de los instrumentos del poder: ejército, moralistas, magistrados, guardias y policías”. Hace más de tres mil años, el poeta indio del *Mahabhárata* formuló la sabiduría de los siglos: “El hombre que pasea en el carro jamás será amigo del que va a pie”.

Los anarquistas tienen sobre este punto los principios más fijos; según ellos, la conquista del poder no puede servir sino para prolongar la duración de poder mismo y la esclavitud correspondiente. No sin razón, se nos designa universalmente con el nombre de “anarquistas”, palabra que, después de todo, sólo tiene una significación negativa. Se nos podría llamar “libertarios”, como se califican muchos entre nosotros, o bien “armonistas”, a causa del acuerdo libre de voluntades que, según nuestra convicción, constituirá la sociedad futura; pero estos nombres no nos diferencian bastante de los otros socialistas. Es la lucha contra todo poder oficial lo que nos distingue esencialmente. Cada individualidad es para nosotros el centro del universo, y cada uno tiene los mismos derechos a su desarrollo integral, sin intervención de un poder que le dirija, le corrija y le castigue.

Ya sabéis cuál es nuestro ideal. He aquí ahora la primera cuestión que se presenta: “Este ideal, ¿es verdaderamente noble y merece que por él se sacrifiquen los hombres y se corran los terribles riesgos que entrañan todas las revoluciones? ¿Es pura la moral anarquista y será el hombre, dentro de la sociedad libertaria, si llega a constituirse, mejor que en una sociedad basada en el miedo al poder y las leyes?” Yo respondo con toda seguridad, y espero que bien pronto vosotros responderéis conmigo: “Sí; la

moral anarquista es la que mejor corresponde a la concepción moderna de la justicia y de la bondad.

El fundamento de la antigua moral, ya lo sabéis, no era otro que el miedo, el “temblor”, como dice la Biblia, y como os han enseñado tantos preceptos en vuestra juventud. “El temor de Dios es el principio de la sabiduría”: tal fue hasta hace poco el punto de partida de toda educación; la sociedad en su conjunto se basaba sobre el terror. Los hombres no eran ciudadanos, sino súbditos o borregos; las esposas eran criadas; los hijos, esclavos sobre los que sus padres conservaban parte del antiguo derecho de vida y muerte. Por todas partes, en todos los órdenes sociales, aparecían las relaciones de superioridad y subordinación; en fin, en nuestros días aún, el principio mismo del Estado, y de todos los Estados particulares que lo constituyen, es la jerarquía o la arquía “santa”, la autoridad “sagrada”: éste es el verdadero sentido de la palabra. Y esta dominación sacrosanta implica toda una sucesión de clases superpuestas, en que las más altas tienen todas el derecho de mandar y todas las inferiores el deber de obedecer. La moral oficial consiste en doblar el espinazo ante el superior y erguirse orgullosamente en presencia del subordinado. Cada hombre debe tener dos caras como Jano, dos sonrisas: una lisonjera, solícita, hasta servil; la otra, soberbia y de una noble condescendencia. El principio de autoridad (así es como se llama esta cosa) exige que el superior no parezca jamás que se haya equivocado, y que en todo cambio de palabras él diga la última. Pero sobre todo es preciso que sus órdenes sean obedecidas; así se simplifica todo: no hay necesidad de rozamientos, explicaciones, dudas, discusiones, escrúpulos. Los negocios, los asuntos marchan así, mal o bien, ellos solos. Y cuando no hay un amo para mandar, ¿no existen fórmulas ya hechas, órdenes, decretos o leyes dictadas también por amos absolutos o por legisladores de diversas categorías? Estas fórmulas reemplazan las órdenes directas y se les obedece sin preocuparse en buscar si están conformes con la voz interior de la conciencia.

Entre iguales, la empresa es más difícil, pero más elevada; es preciso buscar trabajosamente la verdad, llegar a conocer el deber personal, adquirir conciencia de sí mismo, hacer de continuo la propia educación, obrar siempre respetando el derecho y los intereses de los camaradas. Sólo entonces se alcanza la condi-

ción de ser moral, se nace al sentimiento de la responsabilidad. La moral no es un orden al que hay que someterse, una vana palabra que se repite, una cosa puramente exterior al individuo; la moral constituye una parte del ser, un producto de la vida misma. Así es como comprendemos la moral nosotros los anarquistas. ¿No tenemos el derecho de comparar con satisfacción este concepto de la moral con el que nos legaron nuestros antepasados?

Quizá me daréis la razón. Pero de nuevo, muchos de vosotros pronunciaréis la palabra “quimera”. Aunque me agrade que al menos reconozcáis que el nuestro es un sueño noble, yo voy más lejos y afirmo que nuestro ideal, nuestro concepto de moral, está plenamente en armonía con la lógica de la historia, guiada naturalmente por la evolución de la humanidad.

Acosados en otro tiempo por el terror de lo desconocido y por el sentimiento de su impotencia en la investigación de las causas, los hombres crearon con la vehemencia de un deseo una o muchas divinidades protectoras que representaban a la vez su ideal informe y el punto de apoyo de todo el mundo misterioso, visible e invisible, que les rodeaba. Estos fantasmas de la imaginación revestidos de omnipotencia, llegaron a ser a los ojos de los hombres el principio de toda justicia y de toda autoridad: amos del cielo, tuvieron naturalmente sus intérpretes en la Tierra: magos, consejeros, caudillos militares, ante los cuales se aprendió a prosternarse, juzgándolos representantes de lo alto. Esto era lógico; pero el hombre vive más que sus obras, y estos dioses que él creó no han cesado de cambiar como sombras proyectadas sobre el infinito. Visibles en un principio, animados de pasiones humanas, violentos y formidables, retrocedieron poco a poco en una inmensa lontananza; llegaron a ser abstracciones, ideas sublimes, a las que no se les daba nombre siquiera, y acabaron por confundirse con las leyes naturales del mundo; volvieron a entrar en ese universo que habían tenido la obligación de hacer salir de la nada, y ahora el hombre vuelve a encontrarse solo sobre la Tierra, por encima de la que había erigido la imagen colosal de Dios.

Toda nuestra concepción de las cosas cambia, pues, al mismo tiempo. Si Dios se desvanece, los que de él obtenían sus títulos para hacerse obedecer vieron empañarse su prestado esplendor

y también deben volver a entrar gradualmente a sus filas, acomodándose lo mejor que puedan a la realidad de las cosas. No se encontraría hoy un Tamerlán que mandase a sus cuarenta cortesanos tirarse de lo alto de la torre, seguro de que en un abrir y cerrar de ojos vería desde las almenas los cuarenta cadáveres sangrientos y destrozados. La libertad de pensar ha hecho a todos los hombres anarquistas sin saberlo. ¿Quién no se reserva ahora un rinconcito de cerebro para reflexionar? Ahí está, precisamente, el crimen de los crímenes, el pecado por excelencia, simbolizado por el fruto del árbol que revela a los hombres el conocimiento del bien y del mal. De ahí el odio a la ciencia que profesa siempre la Iglesia. De ahí el furor que Napoleón, un Tamerlán moderno, tuvo siempre contra los “ideólogos”.

Pero los ideólogos han llegado. Han liquidado de un soplo las ilusiones del pasado, recomenzando de nuevo todo el trabajo científico por medio de la observación y la experiencia. Uno de ellos, nihilista anterior a nuestro tiempo, anarquista como pocos, a lo menos por sus palabras, comenzó por hacer tabla rasa de todo lo que había aprendido. Casi no hay ahora ningún sabio ni literato que no se tenga por su propio maestro y modelo, pensador original de su propio pensamiento y moralista de su moral. “Si quieres surgir, surge de ti mismo”, decía Goethe. ¿No tratan los artistas de representar la naturaleza tal como ellos la ven, la sienten y la comprenden? Esto es lo usual, en verdad; es lo que se podría llamar una “anarquía aristocrática”, que no reivindica la libertad sino para el pueblo escogido de las Musas, para los trepadores del Parnaso. Cada uno de ellos quiere pensar libremente, buscar a gusto su ideal en el infinito, pero diciendo siempre que se precisa “una religión para el pueblo”. Quieren vivir como hombres independientes, pero “la obediencia está hecha para las mujeres”; quieren crear obras originales, pero “la multitud de abajo” debe permanecer sujeta como una máquina al innoBLE funcionamiento de la división del trabajo. Con todo, estos aristócratas del gusto y del pensamiento no tienen fuerza para cerrar la gran exclusiva por donde se desborda la ola. Si la ciencia, la literatura y el arte han llegado a ser anarquistas; si todo progreso, toda nueva forma de la belleza se deben al florecimiento del pensamiento libre, este pensamiento traba-

ja también en lo profundo de la sociedad y no es ya posible contenerlo. Es muy tarde para detener el diluvio.

Acaso la disminución del respeto ¿no es el fenómeno por excelencia de la sociedad contemporánea? Yo he visto en otro tiempo, en Inglaterra, atropellarse las multitudes por contemplar el coche vacío de un gran señor; de seguro no lo veré más. En la India, los parias se detenían devotamente a los ciento quince pasos reglamentarios que les separaban del orgulloso brahmán; ahora, como en las estaciones se tiene prisa, no hay entre ellos más separación que el tabique de la sala de espera. Los ejemplos de bajeza, de arrastramiento vil, no faltan todavía en el mundo; sin embargo, hay progreso en el sentido de la igualdad. Antes de prestar su respeto, se pregunta uno si aquel hombre o aquella institución son verdaderamente respetables; se estudia el valor de los individuos o la importancia de las obras. La fe en la grandeza ha desaparecido y allí donde la fe no existe desaparecen las instituciones a su vez. La extinción del respeto implica, naturalmente, la supresión del Estado.

La crítica irrespetuosa a la que se ve sometido el Estado se ejerce igualmente contra todas las instituciones sociales. El pueblo no cree ya, no cree en absoluto, en el origen sagrado de la propiedad privada, producida, nos decían los economistas, y ya nadie se atreve a repetir, por el trabajo personal de los propietarios; sabe que el trabajo individual no puede crear una fortuna de millones y millones y no ignora que este enriquecimiento monstruoso es siempre la consecuencia de un falso estado social que atribuye a uno el producto de millares de hombres; respetará siempre el pan que el trabajador ha ganado duramente, la cabaña que ha construido con sus manos, el jardín que ha plantado, pero perderá seguramente el respeto a las mil propiedades ficticias representadas por los papeles de todas clases que se guardan en los bancos. Vendrá el día, no lo dudo, en que volverá a tomar tranquilamente posesión de todos los productos del trabajo común: minas y tierras, fábricas y palacios, caminos de hierro, navíos y sus cargamentos. Cuando la multitud vil por su ignorancia y por la consiguiente cobardía, haya cesado de merecer el calificativo con que se la insulta; cuando sepa con toda certidumbre que el acaparamiento de este inmenso haber está fundado únicamente sobre una ficción manuscrita, sobre la fe

en papeluchos, entonces el estado social estará bien amenazado. En presencia de estas evoluciones profundas, irresistibles, que se realizan en todos los cerebros humanos, ¿qué simples, qué faltos de sentido parecerán a nuestros descendientes los clamores furibundos que se lanzan contra los innovadores! ¡Qué importan las palabras groseras que desborda una promesa obligada a pagar en buena prosa los subsidios que recibe! ¡Qué importa hasta los insultos sinceramente proferidos contra nosotros por los devotos, “santos, pero simples”, que llevaban leños a la hoguera de Juan Huss! El movimiento que nos arrastra no es obra de energúmenos o de soñadores, sino de la sociedad en su conjunto. Es necesario para la marcha del pensamiento. Ha llegado a ser fatal, ineludible, como la rotación de la Tierra y de los cielos.

Sin embargo, una duda podría subsistir en los entendimientos si la anarquía no hubiese sido nunca más que un ideal, un ejercicio intelectual, un elemento de dialéctica, si nunca hubiese tenido realización concreta, si nunca hubiese sido un organismo espontáneo, si nunca hubiese surgido poniendo en acción las fuerzas libres de los camaradas para el trabajo en común, sin amo que les mandase. Pero tal duda puede fácilmente descartarse. Si en todo tiempo han existido organismos libertarios y otros nuevos se forman incesantemente, cada año más vigorosos, siguiendo los progresos de la iniciativa individual. Para empezar, podría citar a varios pueblos tribales llamados salvajes que, incluso en nuestros días, viven en perfecta armonía social, sin necesidad de jefes, leyes, cercas ni fuerza pública; pero no voy a insistir en estos ejemplos, pese a su importancia; temería que alguno pudiera objetar que estas sociedades primitivas carecen de complejidad en comparación con los organismos infinitamente más complicados de nuestro mundo moderno. Por tanto, dejemos de lado a estas tribus primitivas y centrémonos únicamente en las naciones ya constituidas y que disponen de todo un aparato político y social.

Sin duda yo no podría mostraros ninguna en el curso de la historia que se haya constituido como sociedad puramente anárquica, porque todas se encontraban en su periodo de lucha entre los elementos diversos, aún no asociados; pero lo que sí será fácil comprobar es que cada una de estas sociedades parciales, aunque no fundidas en un conjunto armónico, fue tanto más

próspera, tanto más creadora, cuanto más libre era y el valor personal del individuo estaba mejor reconocido. Desde las edades prehistóricas en que nuestras sociedades nacieron a las artes, a las ciencias, a la industria, sin que los anales escritos hayan podido traernos de ello memoria, todos los grandes periodos de la vida de las naciones han sido aquellos en que los hombre, agitados por las revoluciones, hubieron de sufrir menos la amplia y pesada dirección de un gobierno regular. Los dos grandes periodos de la humanidad, por los numerosos descubrimientos, por la florescencia del pensamiento, por la belleza del arte, fueron épocas perturbadas, edades de “peligrosa libertad”. El orden reinaba en el inmenso imperio de los medas y los persas, pero allí no surgió nada grande; mientras que la Grecia republicana, perturbada sin cesar, agitada por continuas sacudidas, vio nacer a los iniciadores de todo lo elevado y noble que nosotros tenemos en la civilización moderna. Nos es imposible pensar, emprender una obra cualquiera sin relacionarnos en seguida con los libres helenos que fueron nuestros precursores y que son aún nuestros modelos. Dos mil años más tarde, después de tiranías, después de tiempos de sombría opresión que parecían inacabables, Italia, Flandes, Alemania, toda la Europa municipal probó de nuevo tomar aliento; innumerables revoluciones sacudieron el mundo. Ferrari no contó menos de siete mil revueltas locales tan sólo en Italia; pero también comenzó a arder el fuego del pensamiento libre y volvió a florecer la humanidad: con los Rafael, los Vinci, los Miguel Ángel, ella se sintió por segunda vez joven.

Después vino el gran siglo de la Enciclopedia, con las revoluciones que se siguieron en todo el mundo y la proclamación de los derechos del hombre. Enumerad, si podéis, todos los progresos que se han realizado después de esta gran sacudida de la humanidad. Verdaderamente, podemos preguntarnos si el siglo XVIII no condensa más de la mitad de la historia. El número de los hombres se ha acrecentado en más de quinientos millones; el comercio se ha hecho diez veces mayor; la industria se ha transformado y el arte de modificar los productos naturales se ha enriquecido maravillosamente; ciencias nuevas han hecho su aparición y, según se dice, comienza un tercer periodo de arte; el socialismo consciente e internacional ha surgido en

toda su amplitud. Por lo menos se siente uno vivir en el siglo de los grandes problemas y de las grandes luchas. Reemplazad con el pensamiento los cien años nacidos de la filosofía del siglo XVIII, reemplazadlos por un periodo sin historia en que cuatrocientos millones de pacíficos chinos hubiesen vivido bajo la pacífica tutela de un “Padre del pueblo”, de un tribunal de los ritos y mandarines provistos de diploma. Lejos de vivir las emociones que nosotros hemos vivido, nos hubiéramos gradualmente aproximado a la inercia y a la muerte. Si Galileo, encerrado en las prisiones de la Inquisición, pudo murmurar sordamente: “Y sin embargo, se mueve!”, nosotros podemos ahora, gracias a las revoluciones, gracias al furor del pensamiento libre, gritar en todas partes, en la plaza pública: “¡El mundo se mueve y continuará moviéndose!”

Al margen de este gran movimiento, que transforma gradualmente a la sociedad en el sentido del pensamiento libre, de la moral libre y de la libertad de acción, es decir, de la anarquía en su esencia, también existe una historia de experiencias directas que se manifiesta en la creación de colonias libertarias y comunistas: pequeñas tentativas comparables a los experimentos de laboratorio que llevan a cabo químicos e ingenieros. Estos ensayos de comunas modelo presentan todos el gran fallo de haber sido creados fuera de las condiciones normales de vida, es decir, lejos de las ciudades donde la gente se entremezcla, donde surgen las ideas y donde se renuevan las inteligencias. Sin embargo, podríamos mencionar algunas empresas que han tenido total éxito, entre otras la de la “Joven Icaria”, transformación de la colonia de Cabet, fundada hará medio siglo sobre los principios de un comunismo autoritario: de migración en migración, el grupo de los comuneros, convertido en estrictamente anarquista, lleva una vida modesta en los campos de Iowa, cerca del río Des Moines.

Pero donde la práctica anarquista triunfa es en el curso de la vida cotidiana, entre la gente común que no sería capaz de prolongar su terrible lucha por la existencia si no se ayudase espontáneamente entre sí, dejando a un lado las diferencias y los conflictos de intereses. Cuando uno de ellos cae enfermo, los otros pobres acogen a sus hijos, los alimentan, comparten los escasos recursos de la semana, intentando sobrevivir doblando sus ho-

ras de trabajo si es preciso. Una suerte de comunismo se instaura entre los vecinos mediante el préstamo, un constante ir y venir de provisiones y de utensilios domésticos. La miseria une a los desgraciados en una alianza fraternal: pasan hambre juntos, se sacian estando juntos. La moral y la práctica anarquistas son la regla incluso en las reuniones burguesas, de donde, a primera vista, nos parecerían completamente ausentes. ¡Imagínalos una fiesta en el campo en la que alguien, bien el anfitrión, bien alguno de los invitados, se comportase con aires de amo permitiéndose mandar o hacer prevalecer indiscretamente su capricho! ¿No sería esto la muerte de toda alegría, el fin de todo placer? No hay alegría sino entre iguales y libres, entre los que pueden disfrutar como les convenga, en grupos distintos si eso les place, pero acercándose los unos a los otros y entremezclándose como consideren, porque las horas aprovechadas de esta forma son las más dulces.

Aquí me permitiré contaros un recuerdo personal. Viajábamos en uno de esos hermosos buques modernos que cortan las olas soberbiamente con la velocidad de quince a veinte nudos por hora, trazando una línea recta de continente a continente, a pesar de vientos y mareas. El aire estaba en calma, la noche era dulce y las estrellas se iban encendiendo una tras otra en el cielo negro. Se conversaba sobre la toldilla, ¿y de qué se puede hablar sino de esa eterna cuestión social que nos arrastra, que nos ahoga como la esfinge de Edipo? El reaccionario del grupo se veía apretado por sus interlocutores, todos más o menos socialistas. De repente se volvió hacia el capitán, el jefe, el amo, esperando hallar en él un defensor nato de los buenos principios: “Usted manda aquí; su poder, ¿no es sagrado? ¿Qué sería del buque si no estuviese dirigido por su constante voluntad?” “No sea usted simple”, respondió el capitán, “entre nosotros puedo decir que yo no sirvo absolutamente para nada. El timonel mantiene el buque en su línea recta; dentro de algunos minutos otro le sustituirá, luego otros, y seguiremos regularmente sin mi intervención el camino acostumbrado. Abajo los fogoneros y maquinistas trabajan sin mi ayuda, sin mi parecer, y mejor que si yo me metiese a aconsejarles. Todos los gavieros y marineros saben también lo que han de hacer, y llegado el caso yo no tengo sino que concordar mi pequeña parte de trabajo con la de ellos,

más penosa aunque menos retribuida que la mía. Sin duda, yo tengo la obligación de guiar el buque, ¿pero no ve usted que esto es una simple ficción? Aquí están los mapas que yo no he dibujado; la brújula que tampoco es invención mía; para nosotros han dragado el canal del puerto de donde venimos y el del puerto en donde entraremos; y este soberbio navío que lentamente se inclina sobre sus cuadernas bajo la presión de las ondas, balanceándose con majestad, impulsado poderosamente por el vapor, yo no lo he construido. ¿Qué soy yo aquí, ante los grandes muertos, los descubridores y los sabios, nuestros precursores, que nos enseñaron a atravesar los mares? Soy su asociado y los marineros son mis camaradas; y ustedes también, los pasajeros, porque por ustedes cabalgamos sobre las olas, y en caso de peligro contamos con ustedes para que nos ayuden fraternalmente. Nuestra obra es común, y somos solidarios los unos de los otros”. Todos callaron y yo guardé cuidadosamente en el arcón de mi memoria las palabras de ese capitán como no hay muchos.

Así, aquel buque, aquel mundo flotante en el que, por otra parte, los castigos son desconocidos, lleva una república modelo a través del océano, a pesar de las chinchorrerías jerárquicas. Éste no es un ejemplo aislado. Todos vosotros conocéis, por lo menos de oídas, escuelas en que el profesor, a despecho de severidades reglamentarias que jamás se aplican, tiene a todos los discípulos por amigos y afortunados colaboradores. Todo está previsto por la autoridad competente para matar a los pequeños criminales, pero su buen amigo no tiene necesidad de todo ese arsenal de medidas represivas; trata a los chicos como a hombres, haciendo constantemente llamamiento a su buena voluntad, a su comprensión de las cosas, a su sentido de la justicia, y todos corresponden con alegría. Así se encuentra constituida una minúscula sociedad anárquica, verdaderamente humana, aunque todo parece coaligado en el ambiente para impedir su nacimiento: leyes, reglamentos, malos ejemplos, inmoralidad pública.

Grupos anarquistas surgen, pues, sin cesar, a pesar de los viejos prejuicios y del peso muerto de las costumbres antiguas. Nuestro mundo nuevo despunta alrededor de nosotros tal y como germinaría una flora nueva bajo el detritus de las edades. No solamente no es un simple sueño, como se repite de conti-

nuo, sino que también se manifiesta ya bajo mil formas distintas; ciego el hombre que no sepa observarlo. Por el contrario, la que es una sociedad quimérica, imposible, es seguramente el pandemónium en que vivimos. Me concederéis en justicia que yo no he abusado de la crítica, por otra parte tan fácil, respecto del mundo tal como lo han constituido el llamado principio de autoridad y la lucha feroz por la existencia. Pero, en fin, si es verdad que, según su misma definición, una sociedad es una agrupación de individuos que se unen y conciertan para el bienestar común, no se puede decir, sin caer en lo absurdo, que la masa caótica que hay a nuestro alrededor constituye una sociedad. Según sus abogados, porque toda mala causa los tiene, ella tendría como fin el orden perfecto para la satisfacción de los intereses de todos. ¿No es risible considerar que sea sociedad ordenada este mundo de la civilización europea, con su séquito continuo de dramas internos, asesinatos y suicidios, violencias y fusilamientos, catástrofes y hambrunas, robos, maldades y engaños de toda especie, quiebras, hundimientos y ruinas? ¿Quién de nosotros, al salir de aquí, no verá levantarse a su alrededor los espectros del vicio y del hambre? En nuestra Europa hay cinco millones de hombres que no esperan más que una señal para matar a sus semejantes, para quemar casas y cosechas, y otros diez millones de resentidos, fuera de los cuarteles, están dispuestos para cumplir la misma obra de destrucción. Cinco millones de desgraciados viven, o por lo menos vegetan, en las prisiones, condenados a penas diversas; diez millones fallecen al año de muerte prematura y, de trescientos setenta millones, trescientos cincuenta, por no decir todos, tiemblan con inquietud justificada ante el porvenir. No obstante la inmensidad de las riquezas sociales, ¿quién de nosotros puede afirmar que un revés brusco de la suerte no le arrebataría su haber? Éstos son hechos que nadie puede contradecir y que debieran, me parece, inspirarnos a todos la firme resolución de cambiar este estado de cosas, preñado de revoluciones incesantes.

Un día tuve ocasión de conversar con un alto funcionario, bien instruido por la rutina diaria de promulgar leyes e imponer sanciones. “Sigue adelante, defiende tu sociedad”, le dije. “¿Cómo quieres que yo la defienda?”, contestó, “es indefendible”. Y con

todo se defiende, pero con argumentos que no son razones: con la flagelación, el calabozo y el cadalso.

Por otra parte, los que atacan a la sociedad pueden hacerlo con toda la serenidad de su conciencia. Sin duda, el movimiento de la transformación social conllevará violencias y revoluciones pero, ¿acaso el mundo que nos rodea es otra cosa que violencia continua y revolución permanente? Y entre las alternativas de la lucha social, ¿quiénes serán los hombres responsables? ¿Aquéllos que proclaman una era de justicia e igualdad para todos, sin distinción de clases ni de individuos, o los que desean perpetuar la separación y, por consiguiente, el odio de castas, los que acumulan leyes represivas y no saben resolver los problemas sociales sino con la infantería, la caballería y la artillería? La historia nos permite afirmar con toda certidumbre que la política de odio siempre genera más odio, agravando fatalmente la situación general y hasta arrastrando a una ruina definitiva. ¿Cuántas naciones perecieron así, opresoras lo mismo que oprimidas! ¿Pereceremos nosotros también?

Espero que no, gracias al pensamiento anarquista que se abre camino cada día más, renovando la iniciativa humana. Vosotros mismos, si no sois anarquistas, ¿no estáis, por lo menos, muy tocados de anarquismo? ¿Quién de vosotros, en el fondo de su conciencia, se tendrá por superior a su vecino y no reconocerá en él a su hermano y su igual? La moral que tantas veces fue proclamada aquí, con palabras más o menos simbólicas, llegará a ser ciertamente una realidad. Porque nosotros los anarquistas sabemos que esta moral de justicia perfecta, de libertad y de igualdad es la verdad, y la vivimos de todo corazón, mientras que nuestros adversarios dudan. No están seguros de tener razón; en el fondo, hasta están convencidos de que se equivocan y por adelantado nos entregan el mundo.

El manantial*

LA HISTORIA DE UN ARROYO, incluso la del breve arroyo que se pierde entre el musgo, es la historia del infinito. Esas gotitas que centellean han atravesado el granito, la caliza y la arcilla; han sido nieve en la montaña helada, moléculas de vapor en la nube, blanca espuma en la cresta de las olas. El sol, en su curso diario, les ha comunicado brillantes reflejos; la pálida luz de la luna les ha dado vagas irisaciones; el rayo ha sacado de ellas hidrógeno y oxígeno; luego, en una nueva intervención, el sol ha hecho caer otra vez en forma de agua estos elementos primitivos. Todos los agentes de la atmósfera y del espacio, las fuerzas todas cósmicas, han laborado conjuntamente para modificar el aspecto y la posición de la imperceptible gotita; así ésta viene a ser un verdadero mundo, tal como los enormes astros de los cielos, y su órbita va de ciclo en ciclo mediante una acción sin reposo. Nuestra mirada no tiene poder bastante para abrazar en su totalidad el circuito de la gota, por lo que nos limitamos a seguirla en sus vueltas y caídas, desde que hace su aparición hasta que se suma a la corriente del río o del mar. Criaturas débiles que somos, pretendemos ajustar a la medida personal la medida de la Naturaleza, resumir cada uno de sus fenómenos en el breve número de las impresiones recibidas.

¿Qué es, en tal caso, el arroyo sino el delicioso paraje donde hemos visto desaparecer las aguas bajo la sombra de los álamos, mecerse las hierbas serpentarias y balancearse inquietos los juncos de los islotes? El florido ribazo donde nos gustaba tendernos al sol para soñar, la sinuosa senda que bordea la corriente y que seguíamos con paso lento, recreándonos en la marcha del

* Primer capítulo del libro *Historia de un arroyo*, publicado por primera vez por la editorial Hachette en París, en 1869. Traducción de Luis Santullano.

agua, el corte de la roca, de donde la masa líquida se precipita en cascada y rompe en espuma el manantial que borbotea: tal es, en el recuerdo, el arroyo en su casi integridad. Lo demás va a perderse en confusa bruma.

Sobre todo el manantial, el sitio donde el hilillo de agua, antes oculto, se manifiesta de pronto, es el lugar encantador hacia donde nos sentimos atraídos. Que la fuente semeje dormir en la pradera como una de tantas charcas entre los juncos, que haga borbollones en la arena para jugar con las partículas de cuarzo o de mica que ascienden, descienden y rebotan en un torbellino sin fin, brote ella humildemente entre dos piedras, a la discreta sombra de grandes árboles, salte ruidosa de una grieta de la roca, ¿cómo no sentirse fascinado por esta agua que surge de la oscuridad y refleja tan alegremente la luz?

Al gozar del hermoso cuadro del manantial nos es fácil comprender por qué los árabes, los antiguos españoles, los montañeses del Pirineo y muchas otras gentes de todas las razas y países han visto en las fuentes “ojos”, que dicen sirven a los míticos seres prisioneros en las rocas tenebrosas para contemplar un momento el espacio y el verdor. Librada de su reclusión, la gozosa ninfa mira al cielo azul, los árboles, las briznas de la hierba, las cañas que se balancean; refleja la Naturaleza total en el zafir de las aguas y, bajo esa clara mirada, nos sentimos penetrados de una ternura misteriosa.

La limpidez del manantial ha sido en todos los tiempos un símbolo de la pureza moral. La poesía de todos los pueblos ha comparado la inocencia al diáfano mirar de las fuentes, y la presencia de esta imagen, comunicada de siglo en siglo, se ha convertido para nosotros en un atractivo más. Sin duda esa agua habrá de ensuciarse más lejos, pasará sobre rocas en descomposición, entre vegetales putrefactos, deshará tierras en limo y hasta arrastrará materias impuras procedentes de los animales y de los hombres; pero aquí en su pila natural de piedra o en su cuna de juncos, la vemos tan cristalina y luminosa que diríase aire condensado: sólo los cambiantes reflejos de la superficie, los súbitos borbotones, los círculos concéntricos de las ondulaciones, los contornos indecisos y flotantes de los guijarros sumergidos revelan que este fluido tan claro es agua, como lo son nuestros grandes ríos cenagosos. Al inclinarnos sobre la fuente y ver re-

flejados nuestros rostros fatigados o enfermos en el límpido espejo, nadie deja de repetir indistintamente, aun ignorándolo, el viejo canto que los guebros enseñaban a sus hijos:

¡Acércate a la flor: pero no la rompas!
Mírala y di muy bajo: ¡Ah, si yo fuera tan hermoso!
¡No tires piedras a la cristalina fuente!
Mírala y di muy bajo: ¡Ah, si yo fuera tan puro!

¡Gran encanto el de esas cabezas de náyades, con la cabellera ornada de hojas y flores, que los artistas helenos supieron grabar en sus medallas, y esas estatuas de ninfas que han levantado junto a las columnatas de sus templos! ¡Qué amables se nos ofrecen las ligeras y vaporosas esculturas que Goujon supo, con todo, representar para siempre en el mármol! ¡No menos graciosa encontramos la fuente que el viejo Ingres imaginara y dejó casi “esculpida” con su pincel! Diríase que nada hay más fugitivo, más indeciso que el agua entrevista bajo los juncos. Se pregunta uno cómo puede la mano humana decidirse a representar la fuente con trazos precisos en el mármol o en la tela, y sin embargo, escultor o pintor, al artista le basta mirar esta agua transparente, dejarse penetrar por el sentimiento que le invade para que se le revele la imagen a un tiempo más graciosa y de contorno más definido. Ahí la tenemos, hermosa y desnuda, la creación de Ingres, sonriendo a la vida, fresca cual la onda donde baña su pie. Joven ella, sin la amenaza de envejecer, pasan ante ella las generaciones, sus formas se conservarán siempre tan suaves, su mirada tan límpida, y el agua que vierte su cántaro en lluvia de perlas habrá de mantener eternamente su luminosidad bajo el sol. Nada importa si la inocente ninfa, que ignora las miserias de la vida, no alberga en su cabeza mucha riqueza de pensamientos. Tampoco necesita soñar mucho en su felicidad; pero, influidos nosotros por su dulce mirar, dejamos suelta la fantasía, hacemos promesas de ser como ella, sinceros y veraces, y nos apoyamos en su virtud frente a las repugnantes expresiones del vicio y de la calumnia.

La leyenda romana dice que Numa Pompilio tenía por consejera a la ninfa Egeria. Para consultarla se internaba en el bosque, caminando bajo la sombra misteriosa de las encinas, y se

acercaba a la sagrada gruta. Ocurría entonces que el agua pura de la cascada, orlada de espuma, con su velo flotante de vapores irisados, tomaba para él solamente el aspecto de una mujer, bella cual ninguna, que le sonreía amorosa. Le hablaba a él, pobre mortal, como a un semejante y respondía a sus preguntas con voz cristalina, a la que venía a mezclarse el lejano coro de los murmullos del follaje y los ruidos del bosque. Así era como aquel legislador se adoctrinaba en la prudencia. Ningún anciano de lengua barba blanca le hubiera podido decir palabras tan sustanciosas cual éstas de la ninfa inmortal y siempre juvenil.

La leyenda significa que sólo la Naturaleza, y no los agitados movimientos de las muchedumbres, puede iniciarnos en la verdad, que para escrutar los misterios de la ciencia, lo mejor es retirarse a la soledad y cultivar la mente por el intermedio de la reflexión. Numa Pompilio y Egeria se nos aparecen sólo como nombres simbólicos que resumen todo un periodo de la historia del pueblo romano y de cualquiera otra sociedad en su periodo de formación, y puede decirse que, en los orígenes de ésta o la otra civilización, los hombres fueron deudores a las fuentes, a los bosques, a las montañas de sus costumbres y leyes. Y si bien la discreta Naturaleza ha podido aconsejar a los legisladores, pronto convertidos en opresores de la humanidad, aún ha hecho más, mucho más, en favor de los que padecen, dándoles ánimo, consolándolos en las tristezas y comunicándoles nuevo vigor para las batallas de la vida. Cabe decir que, si los oprimidos no hubieran podido fortalecer sus energías y reavivar el espíritu mediante la contemplación de la Tierra y de sus grandes panoramas, hace mucho tiempo que se habrían agotado la iniciativa y la intrepidez humanas. Todas las cabezas se hubieran inclinado bajo la dura mano de algunos déspotas, todas las inteligencias habrían quedado aprisionadas en una indestructible red de argucias y mentiras.

En las escuelas de primera y segunda enseñanza, muchos profesores, sin darse cuenta, y hasta creyendo que proceden bien, se aplican a rebajar la capacidad y la originalidad discursiva de los alumnos sometiendo a todos a una misma y mediocre disciplina. Existe hoy una tribu de pieles rojas donde las madres pretenden disponer favorablemente a sus hijos para que sean ya intelectuales, ya guerreros, conformándoles su cabeza, desde

que nacen, hacia adelante o hacia atrás por medio de placas de madera y de vendas muy apretadas. Análogamente, algunos pedagogos se dedican a la obra lamentable de modelar cabezas de funcionarios y de súbditos, con el doloroso resultado de que frecuentemente lo consiguen. Por fortuna, después de diez meses de sujeción, los muchachos encuentran los venturosos días de las vacaciones, en los que recuperan la amada libertad, vuelven a gozar del campo, a ver los chopos de la pradera, los bosques, la fuente, quizá decorada ya con las hojas amarillas que anuncian el otoño, respiran el aire puro y se fortifican. De ese modo el fastidio de las aulas no podrá borrar luego de su cerebro los recuerdos de la ancha Naturaleza. Que el muchacho, una vez liberado de la prisión escolar, aún enervado por ella, se recree en seguir el curso de los arroyos, se divierta con los molinos de agua, aparte las hojas que encuentra al paso, levante las piedras para ver cómo brincan chorritos de agua de los minúsculos hontanares, y pronto volverá a sentirse jovial, confiado y ganado su espíritu a la espontaneidad.

Lo que es aplicable a la infancia y a la juventud lo es también a las naciones en la etapa de la adolescencia. Millares de “pastores de pueblos”, alevosos o con buenas intenciones, han acudido al látigo y al cetro o, más hábiles, reiterado de siglo en siglo ciertas fórmulas de obediencia para ablandar las voluntades y embrutecer los espíritus; felizmente, esos tiranos que pretendían someter a los hombres mediante el terror, la ignorancia o la dura rutina, no lograron crear un mundo a su imagen, no consiguieron transformar la Naturaleza en un jardín inmenso de mandarín chino, con árboles torturados en forma de monstruos o enanos, de estanques adaptados a líneas geométricas, a rocas subordinadas a la moda última. La Tierra, con la magnificencia de sus horizontes, el frescor de los bosques y la limpidez de los manantiales, ha continuado siendo la gran educadora, y no ha cesado de llamar a los pueblos a la armonía y a la conquista de la libertad. Tal montaña, cuyos hielos y nieves lucen por encima de las nubes; tal extenso bosque, donde muge el viento; tal arroyo, que se desliza en la pradera, han hecho frecuentemente más por la salvación de la gente que los mismos ejércitos. Bien lo saben los vascos, nobles descendientes de los iberos, nuestros antepasados aquéllos: para asegurar su independencia y la no-

ble altivez, levantaron siempre sus casas en la proximidad de las fuentes, a la sombra de los grandes árboles, y así, más que el valor, el amor a la Naturaleza ha sido, durante siglos, la salvaguardia de su independencia.

Otros antepasados también, los arios de Asia, sentían gran amor hacia las aguas corrientes, a las que tributaron un verdadero culto desde los comienzos de las edades históricas. Como vivían a la salida de los hermosos valles, que descendían de las alturas montañosas de Pamir, el llamado “techo del mundo”, sabían servirse de los torrentes de agua clara y, repartiéndolos en innumerables canales, transformar los campos en jardines. Si invocaban a las fuentes y les ofrecían sacrificios no era sólo porque el agua favorece el crecimiento del césped y de los árboles, da de beber a la gente y a los rebaños, sino también –decían ellos– porque hace a los hombres más puros, regula las pasiones y calma “los deseos excesivos”. El agua detenía los odios y cóleras de los vecinos, los semitas del Desierto, pues los había liberado de la vida errabunda al fecundar los campos y favorecer los cultivos; les había ayudado a asentar las piedras del hogar, alzar la muralla de la ciudad y ensanchar el círculo de los sentimientos y de las ideas. Los helenos, descendientes suyos, manifestaron comprender la función estimuladora del agua, en el origen de las sociedades, cuando más tarde construyeron templos y levantaron estatuas a los dioses en la proximidad de las fuentes.

Todavía nosotros, hijos lejanos de los arios, mantenemos aquí y allá una supervivencia de la vieja adoración. Desaparecidos los antiguos dioses y destruidos sus templos, los pueblos cristianos siguieron venerando las aguas saltarinas en muchos lugares, y así podemos ver en los manantiales de Cefiso, en Beocia, las ruinas conjuntas y escultóricas de dos ninfas griegas, al lado de una elegante columnata, y las pesadas construcciones de una capilla de la Edad Media. También en la Europa occidental se han edificado conventos al borde de algunas fuentes, mientras que en otros lugares maldijeron, como frecuentados por el diablo, algunos parajes encantadores donde brotan gozosas al sol las aguas de éste o el otro manantial. En los penosos siglos de dicha Edad Media el temor dominaba a los hombres y les hacía ver figuras gesticulantes donde los antepasados sorprendieran la sonrisa de los dioses, transformando el miedo en antecámara del infierno la

tierra feliz que los helenos tenían como el solar del Olimpo. Los magos negros, comprendiendo instintivamente que la libertad podría renacer en el amor a la Naturaleza, habían consagrado la tierra a los genios infernales, habían dedicado a los demonios y a los fantasmas las encinas que habitaban las Driadas y las fuentes donde las ninfas se bañaran.

Los espectros de los muertos volvían del más allá y hacían su aparición al borde de los manantiales para unir sus suspiros al temblor quejumbroso de los árboles y al suave murmullo del agua entre las piedras. Allí celebraban sus asambleas las fieras en la noche, y en esa misma proximidad el hechicero de aspecto de lobo se mantenía en acecho para lanzarse de un salto sobre el caminante y convertirlo en su cabalgadura. En Francia era frecuente que los campesinos supersticiosos evitaran en sus andanzas las “fuentes del diablo” y, sin embargo, lo único infernal que podían descubrir en tales fuentes amedrentadoras era la majestad del lugar o el verde claro de las aguas profundas.

Hoy corresponde a todos los hombres amantes de la poesía y la música, a cuantos desean trabajar por el bien común, redimir a las fuentes del maleficio que dejó en ellas el sacerdote ignorante de los días medievales. Es cierto que ya no adoramos, como nuestros antepasados los arios semitas o iberos, al agua que surge borboteando del suelo, para agradecerle la vida y la riqueza que dispensa generosa; pero hemos de hacer algo más interesante en homenaje a las fuentes. Así las estudiaremos en su fluir, en sus ondas, en la arena que arrastran y en la tierra que diluyen; a pesar de las sombras, remontaremos el curso subterráneo del agua hasta llegar a la gota primera que rezuma de la roca; la seguiremos a la luz del día de cascada en cascada, de meandro en meandro, hasta el inmenso depósito del mar, donde va a sumirse. De ese modo conoceremos el trascendente papel que el agua tiene en la historia del planeta, con su incesante labor. Aprenderemos a utilizarla en el riego de los campos y para la promoción de las riquezas en servicio de la humanidad, en lugar de dejarla asolar los cultivos y perderse en las ciénagas pestilentes. Y cuando hayamos, al fin, estimado el valor de la fuente, cómo debe ser nuestra asociada en la tarea de hermoear la Tierra, seremos más sensibles a su encanto y belleza, y nuestra apreciación se elevará sobre la simple admiración ingenua. Cada día el agua,

como el suelo que anima, debe parecernos más grata, ya que la Naturaleza se ha liberado, no sin esfuerzo, de su larga maldición. Los artistas de todo el mundo han recogido las tradiciones de nuestros precursores, los helenos, enamorados del perfil de los montes, de los juegos del agua, de la línea ondulante de las riberas, igual que lo han hecho con las fuentes. Gracias a este retorno a la Naturaleza, diríase que la humanidad florece de nuevo en su juventud y alegría.

Los días primeros del renacimiento europeo trajeron un mito extraño: se contaba que allá lejos, muy lejos, en los límites del mundo conocido había una fuente maravillosa que reunía las virtudes de las otras fuentes. No solamente poseía la de curar, sino que también rejuvenecía y hacía a las personas inmortales. Fueron numerosísimas las gentes que creyeron esta fábula y se decidieron a ir en busca del agua pura de Juvencia, no a la entrada de los infiernos, como las negras ondas del Estigia, sino, por el contrario, en un paraíso terrestre, entre flores y verdor, bajo una primavera eterna. Después del descubrimiento del Nuevo Mundo los soldados españoles se aventuraban a centenas y millares, con un valor insuperado, por tierras desconocidas: bosques, pantanos, grandes ríos y montañas, desiertos estériles y regiones pobladas de enemigos. Sus avances, por lugares muchas veces inhóspitos, quedaban señalados en cada etapa con la muerte de varios de ellos; pero los que se salvaban continuaban marchando sin desfallecer, esperanzados de encontrar como recompensa a sus fatigas aquella agua maravillosa que iba a comunicarles una existencia perdurable. Todavía se habla de la existencia de unos pescadores, descendientes de los primeros conquistadores españoles, que rondan alrededor de las islas en los pasos de las Bahamas, aguardando descubrir en alguna playa próxima el borboteo del agua milagrosa.

Ahora bien: ¿cómo personas sensatas se obsesionaban en la busca apasionada de la fuente divina que había de regenerar su organismo y se exponían a todos los peligros en la confianza de llegar a encontrarla? Obedecía esto a que nada parecía imposible ya a los que vieron realizarse las maravillas del Renacimiento. En Italia había resucitado el mundo griego con sus pensadores y artistas; en la brumosa Germania unos magos habían encontrado el medio de imprimir libros, y abierto así el dominio

sin fin de las ciencias a la masa del pueblo, antes condenada a la ignorancia; los navegantes genoveses, venecianos, españoles y portugueses habían revelado como un segundo planeta junto al antiguo, un continente nuevo con sus plantas, sus animales, sus pueblos y sus dioses. La inmensa renovación de lo conocido tenía como embriagados a los espíritus; sólo lo posible diríase quimérico. La Edad Media desaparecía en el abismo de los siglos transcurridos y comenzaba para los hombres una nueva era, más feliz y libre. Las gentes que se habían elevado por el estudio comprendían que sólo la ciencia, el trabajo y la unión fraterna pueden reforzar la capacidad de la humanidad y hacerla triunfar del tiempo; pero los soldados vulgares, héroes al revés, pretendían buscar en el pasado legendario lo que iban sientiendo conquistas de la observación y negación de prodigios. Necesitaban un símbolo material para creer en el progreso, y este símbolo era el de la mágica fuente donde el anciano volvería a encontrar la fuerza y la belleza. La imagen presente a su espíritu era la del manantial que brotaba a la luz de la libertad desde el fondo del suelo tenebroso y hacía nacer en la proximidad las hojas, las flores y la juventud.

El ciclo de las aguas*

LO MISMO QUE LOS GRANDES ríos, el mar se compone de millares de millones de arroyos que vierten sus aguas en otros mayores. Llegadas éstas de todos los lugares, se mezclan de una manera aún más completa en las profundidades del abismo marino, cuya extensión le permitiría recibir los cursos todos fluviales durante cincuenta millones de años. Con sus movimientos de flujo y reflujo, sus marejadas, sus tempestades, sus corrientes y contracorrientes, el agua de los ríos se pasea de uno a otro extremo del globo. La gotita rezumada de alguna oquedad de las montañas puede dar la vuelta al planeta; purificada de los arrastres que contiene, disuelve las moléculas salinas, y de ola en ola, según los parajes que atraviesa, va cambiando de peso específico, de color y transparencia; modificase en los diversos climas la fauna microscópica que la habita, fauna integrada ya por animálculos fosforescentes que la hacen brillar en las noches como una centella, ya por otros infusorios que la asemejan a una mancha de leche. Igualmente su temperatura cambia sin fin. En los mares polares la gotita se transforma en cristalitos de hielo; en los mares ecuatoriales se templaba bastante para que los corales depositen en ella sus moléculas pétreas. Si lo comparamos al océano sin límites, el arroyito de las montañas es nada, y, sin embargo, podríamos señalar la presencia de aguas, divididas hasta el infinito, en todos los mares y en todas las costas, de poder seguirla con la mirada en su inmenso circuito.

La duración de tal viaje difiere para cada gota marina procedente del río: apenas entra al océano, la una se ve cogida por la fronda de las algas y sirve para vitalizar sus tejidos; algún orga-

*Último capítulo del libro *Historia de un arroyo*, publicado por primera vez por la editorial Hachette en París, en 1869. Traducción de Luis Santullano.

nismo animal absorbe la otra; una tercera, aprisionada por un cristal salino, se acomoda en una playa arenosa; todavía otra se transforma en vapor y asciende invisible al espacio.

De hecho es éste el camino que, pronto o tarde, toma cada molécula acuosa; liberada por la expansión, se suelta de la superficie marina y asciende a la atmósfera, donde viaja como había viajado en el océano, bien que bajo otra forma. Entra así el vapor de agua en toda la masa aérea, hasta por encima de los tórridos desiertos, donde no se descubre un hilo de agua en centenares de leguas; sube hasta los límites más lejanos del océano atmosférico, a sesenta kilómetros de altura sobre el mar, y acaso una parte de este vapor acuoso toma rumbo hacia otros sistemas planetarios solares, pues los bólidos que atraviesan el cielo estrellado, cual flechas luminosas, y lanzan a la Tierra sus chispas deben llevarse algo del aire húmedo que oxida su superficie.

Sin embargo, el vapor de agua que se libera de la atracción terrestre para ir con los bólidos en busca de lejanos astros es relativamente escaso, ya que el extenso mar de humedad que la atmósfera tiene en suspensión está destinado casi por entero a caer nuevamente en el globo terráqueo. Mientras el aire no se satura de las innúmeras moléculas de vapor, éstas permanecen invisibles; pero cuando el aumento de la humedad o el descenso de la temperatura determinan el punto de saturación, las partículas se condensan inmediatamente, se transforman en gotitas de bruma o de nube y se aglomeran con millones de otras moléculas en masas inmensas que quedan suspendidas en el espacio. La pesadez de esta masa hace que las nubes caigan en lluvias y aguaceros en el mar, de donde han salido, o que, llevadas por los vientos, vayan arrastradas sobre los continentes, para ir a chocar en las laderas de las colinas, en las rampas de las planicies, en los salientes y cimas de las montañas, y desciendan en forma de lluvia o de nieve. Después gotas y copos, divididos hasta lo infinito, penetran en tierra por las grutas, las grietas de las rocas y las hendiduras del suelo nutricio. El agua permanece oculta largo tiempo, luego reaparece en los gozosos manantiales y nuevamente comienza su viaje hacia el océano por la vía de arroyos y ríos.

¿No es este circuito del agua cual la imagen de la vida toda?
¿No es el símbolo de la verdadera inmortalidad? Animal o

vegetal, todo ser es un compuesto de moléculas que cambian incesantemente, tomadas por los órganos de la respiración o de la nutrición, y penetran en la economía orgánica; llevadas por el torrente circulatorio de la savia, de la sangre o de otros líquidos, se acomodan a un tejido, a otro y a otro, recorren el organismo hasta que, al fin, son expulsadas y vuelven al mundo exterior, donde los seres combaten por millones y millares de millones buscando apoderarse de esas moléculas y utilizarlas a su vez. A los ojos de la ciencia, cada uno de nosotros, a pesar del esqueleto y de las formas definidas corporales, no es otra cosa que una masa líquida, una corriente que lleva con mayor o menor velocidad moléculas sin número, procedentes de todas las regiones de la Tierra y del espacio, que renuevan su viaje sin término después de su breve paso por nuestro organismo. Semejantes al arroyo que huye, se operan en nosotros cambios constantes; nuestra vida se rehace de minuto en minuto, y si creemos ser siempre los mismos, ello no pasa de una pura ilusión.

También la sociedad, tomada en su conjunto, puede ser comparada, cual lo es el hombre, al agua que corre. En toda hora, en todo instante, un organismo humano, sencilla mil millonésima de la humanidad, cae y se disuelve aquí, en tanto que, en otro lugar del globo, aparece un niño, un nuevo ser, que abre la mirada a la luz y se convierte en ente de razón. De igual suerte que en una llanura los granos de arena y los glóbulos de arcilla, arrastrados por el río, van depositándose en sus orillas, así también los elementos vitales del globo habían ido a dar, con la sangre, en las arterias de nuestros antepasados. De edad en edad se suceden las generaciones y se modifican lentamente: los bárbaros de rostro bestial, que luchaban por dominar a las fieras, han sido reemplazados por seres más inteligentes, a quienes la experiencia y la observación de la Naturaleza han enseñado el arte de domesticar los animales y cultivar la tierra. Después, de avance en avance, los hombres llegaron a fundar ciudades, a transformar las primeras materias, a intercambiar los productos, a relacionarse entre uno y otro lugar del globo; esto es, los hombres se civilizan al ennoblecerse su figura, ensancharse su cráneo, ampliarse sus ideas y cultivarse su espíritu con una riqueza creciente. Cada generación que perece es seguida por una generación diferente, la que a su vez estimula y mueve a otras

masas de hombres. Mezclándose los pueblos a los pueblos, como los arroyos a los arroyos y los ríos a los ríos; pronto o tarde formarán una sola nación, de igual manera que las aguas de una cuenca acaban de reunirse en un río. Todavía están lejanos los tiempos en que se junten las corrientes humanas: razas y poblaciones, diversas hoy, siempre apegadas al suelo natal, no se reconocen como fraternas; pero van acercándose cada vez más; cada día se estiman más, y ya comienzan a orientarse hacia un ideal común de justicia y libertad. La inteligencia enseñará a los pueblos a asociarse en una federación libre; la humanidad entonces, dividida en diferentes cursos y movimientos, producirá su conjunción en un solo río y, reunidas entonces las aguas todas, descenderemos juntos hacia el ancho mar, donde van a parar y renovarse todas las vidas.

Alocución del padre a sus hijas y a sus yernos*

LOS HIJOS QUERIDOS que nos convocan para que atestigüemos su unión se casan en plenitud de su libertad; ellos no vienen a pedirnos una confirmación de la palabra que han pronunciado en el fondo de su corazón. Su valiente voluntad es suficiente, pero sin duda les gustará escuchar la voz de un padre a la entrada de esa nueva vida que les espera.

No es en absoluto en nombre de la autoridad paterna que me dirijo a vosotras, hijas mías, y a vosotros, jóvenes que me permitís llamaros hijos. Nuestro título de padres no nos hace en nada vuestros superiores y no tenemos sobre vosotros sino el derecho de nuestro profundo afecto. Además, en esta gran circunstancia de vuestras vidas os pedimos que seáis nuestros jueces. Os corresponde, hijos míos, decir si hemos abusado de nuestra fuerza para manteneros en la debilidad, si hemos abusado de nuestra voluntad para avasallar la vuestra, de nuestra influencia natural para imponeros nuestra moral. Vosotros reconoceréis a quiénes os quieren la justicia de que su cariño no ha sido tiránico. En este grupo de padres que os rodea, los hay que hubiesen preferido ver vuestro matrimonio acompañado de ceremonias legales; tal vez incluso en algunos de ellos se mezcló cierta angustia con la alegría que causaba vuestra unión; pero todos os han respetado, nadie ha querido obligaros a seguir sus ideas: la integridad de vuestro derecho se mantuvo por encima de la divergencia de opiniones. La prueba ha servido para acercarnos unos a otros y para hacer que nos queramos más. Padres y madres han sentido aumentar su ternura, hijos e hijas han sentido

* Discurso pronunciado durante la ceremonia de matrimonio en unión libre de sus hijas Magali y Jeannie el 14 de octubre de 1882, y publicado en *Élie et Élisée Reclus. Communication personnelle*, por Typ. G. Chamerot en París, en 1882.

crecer su respeto y devoción. Al permanecer libres os volvisteis más afectuosos.

Incluso hoy, sois vuestros propios amos. No os pedimos que nos hagáis promesa alguna ni os hacemos ninguna recomendación. Vosotros sois responsables de vuestros actos, sin duda os seguiremos con toda la solicitud que nos da nuestro cariño, pero ello no os humillará. Cuando el pájaro prueba sus alas por primera vez antes de lanzarse al cielo azul, ¿se podría reprochar a la madre que mira ansiosamente desde el borde de su nido? Pero ella pronto tendrá confianza. Vuestras alas son fuertes y os llevarán por el espacio libre.

No os pedimos nada, hijos míos, pero vosotros nos daréis mucho. La edad comienza a pesar en nuestras cabezas; a vosotros os corresponderá darnos juventud y fuerza. Es cierto que en la gran familia humana vemos innumerables cosas renovarse incesantemente, las primaveras suceder a las primaveras y las ideas a las ideas. Pero experimentamos una dulzura más íntima cuando vemos ocurrir la renovación alrededor nuestro en el círculo discreto de la familia. Es en vosotros, hijos, en quienes nos gusta vernos renacer, reiniciar la lucha de la vida y continuar con nuevas fuerzas las obras emprendidas. Estamos cansados, pero vosotros retomáis nuestro trabajo, y después de vosotros otros lo retomarán. Así es como vemos en el futuro nuestra labor dura y buena prolongarse de existencia en existencia. Vosotros nos dais el sentimiento de la duración; a través de vosotros, hijas e hijos, nos sentimos inmortales.

Pero vosotros tenéis algo mejor que la inmortalidad, tenéis la intensidad de la vida presente. ¿Cómo la emplearéis? ¿Simplemente amándoos, corriendo tras la felicidad, violentando el destino para que se convierta en vuestro cómplice y os haga escoger el número ganador de la lotería de la existencia? No, vosotros tenéis ambiciones más altas, estoy seguro. No os bastará ser felices, vuestras uniones no son egoísmos de pareja, sino el redoblamiento de todas vuestras virtudes de abnegación y de bondad. ¡Sois buenos! Sed aún mejores, más sinceros en la práctica de la justicia, más fuertes en la reivindicación del derecho. ¡Recordad que no todos son felices, que no todos tienen padres que los amen, compañeros que los alienten, mujeres o maridos que se consagren a ellos! ¡Pensad que en este mismo momento los hay

que mueren sin amigos, otros que caminan desesperados mirando correr las aguas oscuras del Sena desde lo alto de los puentes! Vosotros estáis entre los afortunados. Hacéoslo perdonar trabajando por aquéllos que no lo son. Jurad consagrar vuestra vida a disminuir la carga de los dolores inmerecidos que pesan sobre el mundo. Para hacerlo bien sois más fuertes de lo que pensáis; aún solos podríais actuar, y ¡estáis unidos!

Prefacio de *El hombre y la Tierra**

*El hombre es la naturaleza
formando conciencia de sí misma*

HACE ALGUNOS AÑOS, después de haber escrito las últimas líneas de una larga obra, *La nueva geografía universal*, expresaba el deseo de poder un día estudiar al hombre, en la sucesión de las edades, como le había observado en la diversas regiones del globo y establecer las conclusiones sociológicas a que había llegado. Trazaba yo el plan de un nuevo libro en que se expondrían las condiciones del suelo, del clima, de todo un ambiente en que se han cumplido los acontecimientos de la historia, donde se mostrase la concordancia de los hombres y de la tierra, donde todas las maneras de obrar de los pueblos se explicasen, de causa a efecto, por su armonía con la evolución del planeta.

Este libro es el que presento actualmente al lector.

Sabía de antemano que ninguna investigación me haría descubrir esa ley de un progreso humano quimérico, cuyo espejismo se agita sin cesar en nuestro horizonte, y que huye de nosotros y se disipa para reaparecer modificada después. Aparecidos como un punto en el infinito del espacio, no conociendo nada de nuestros orígenes ni de nuestros destinos, hasta ignorando si pertenecemos a una especie animal única o si han nacido sucesivamente varias humanidades para extinguirse y resurgir aún, en vano formularíamos reglas de evolución removiendo la niebla incoercible con la esperanza de darle una forma precisa y definitiva.

No; pero en esa avenida de los siglos, que los hallazgos de los arqueólogos prolongan constantemente en lo que fue la noche del pasado, podemos al menos reconocer el lazo íntimo que reú-

* Prefacio de *El Hombre y la Tierra*, publicado por primera vez por la editorial La Librairie Universelle en París, entre 1905 y 1908. Traducción de Anselmo Lorenzo.

ne la sucesión de los hechos humanos y la acción de las fuerzas telúricas, y nos es permitido seguir en el tiempo cada período de la vida de los pueblos correspondiente al cambio de los medios, observar la acción combinada de la Naturaleza y del Hombre mismo reaccionando sobre la tierra que lo ha formado. La emoción que se siente contemplando todos los paisajes del planeta en su variedad sin fin y en la armonía que les da la acción de las fuerzas étnicas siempre en movimiento, esa misma música de las cosas, se resiente viendo pasar los hombres cubiertos con sus vestidos de fortuna o de infortunio, pero todo en estado igual de vibración armónica con la tierra que les lleva y les nutre, el cielo que les ilumina y les asocia a las energías del cosmos. Y así como la superficie de la Tierra nos presenta incesantemente bellos paisajes que admiramos con toda la potencia del ser, del mismo modo el curso de la historia nos muestra en la sucesión de los acontecimientos escenas admirables de grandeza que nos ennobleceamos conociéndolas y estudiándolas. La geografía histórica concentra en dramas incomparables, en realizaciones espléndidas, todo lo que puede evocar la imaginación.

En nuestra época de crisis aguda en que la sociedad se encuentra tan profundamente conmovida, en que el remolino de evolución se vuelve tan rápido que el hombre, poseído de vértigo, busca un nuevo punto de apoyo para la dirección de su vida, el estudio de la historia es de un interés tanto más precioso, cuanto su dominio, incesantemente aumentado, ofrece una serie de ejemplos más ricos y más variados. La sucesión de las edades se convierte para nosotros en una gran escuela cuyas enseñanzas se clasifican ante nuestro espíritu, y hasta acaban por agruparse en leyes fundamentales.

La primera categoría de acontecimientos que observa y comprueba el historiador nos muestra cómo, por efecto de un desarrollo desigual en los individuos y en las sociedades, todas las colectividades humanas, a excepción de las hordas estancadas en el naturismo primitivo, se desdoblan por decirlo así en clases o en castas, no solamente diferentes, sino opuestas en intereses y en tendencias, hasta francamente enemigas en todos los períodos de crisis. Tal es, bajo mil formas, el conjunto de hechos que se observa en todas las comarcas del universo, con la infinita

diversidad que determinan los lugares, los climas y la madeja cada vez más enredada de los acontecimientos.

El segundo hecho colectivo, consecuencia necesaria del desdoble de los cuerpos sociales, es que el equilibrio, roto de individuo a individuo, de clase a clase, oscila constantemente sobre su eje de reposo: la violación de la justicia clama siempre venganza. De ahí, incesantes oscilaciones. Los que mandan tratan de permanecer los amos, mientras que los sojuzgados pugnan por reconquistar su libertad; después, arrastrados por la violencia de su impulso, intentan reconstituir el poder en su provecho. De ese modo, guerras civiles, complicadas con guerras extranjeras, con destrucciones y ruinas, se suceden en un enredo continuo con término diferente según el poder respectivo de los elementos en lucha: o bien los oprimidos se someten después de agotar su fuerza de resistencia; mueren lentamente y se extinguen, careciendo ya de la iniciativa que constituye la vida; o bien triunfa la reivindicación de los hombres libres, y en el caos de los sucesos pueden discernirse verdaderas revoluciones, es decir, cambios de régimen político, económico y social, debidos a la comprensión más clara de las condiciones del medio y a la energía de las iniciativas individuales.

Un tercer grupo de hechos, resultado del estudio del hombre en todas las edades y en todos los países, demuestra que toda evolución en la existencia de los pueblos proviene del esfuerzo individual. En la persona humana, elemento primario de la sociedad, ha de buscarse el choque impulsivo del medio, que se traduce en acciones voluntarias para esparcir las ideas y participar en las obras que modificarán la marcha de las naciones. El equilibrio de las sociedades sólo es inestable por la dificultad impuesta a los individuos en su franca expansión. La sociedad libre no puede establecerse sino por la libertad absoluta suministrada en su desarrollo completo a cada hombre, primera célula fundamental, que se agrega en seguida y se asocia como le place a las otras células de la cambiante humanidad. En proporción directa de esa libertad y de ese desarrollo inicial del individuo, las sociedades ganan en valor y nobleza: del hombre nace la voluntad creadora que construye y reconstruye el mundo.

La “lucha de las clases”, la búsqueda del equilibrio y el arbitraje soberano del individuo son los tres órdenes de hechos que nos revela el estudio de la geografía social y que, en el caos de las cosas, se muestran bastante constantes para que pueda dárseles el nombre de “leyes”. Ya es mucho conocerlas y poder dirigir según ellas la propia conducta y la parte de acción en la gerencia común de la sociedad, en armonía con las influencias del medio, de aquí en adelante conocidas y escrutadas. La observación de la Tierra nos explica los acontecimientos de la historia, y ésta nos hace volver a su vez hacia un estudio más profundo del planeta, hacia una solidaridad más consciente de nuestro individuo, tan pequeño y tan grande a la vez, con el inmenso universo.

México*

LAS ISLAS DE CUBA, de Puerto Rico, de Haití-Santo Domingo, de Jamaica, la rastra de las pequeñas Antillas, el gran territorio triangular de la República mexicana forman la transición geográfica y política entre los Estados Unidos y la parte meridional del Nuevo Mundo: pero la aproximación se hace y continúa haciéndose, únicamente desde el punto de vista material por las relaciones comerciales, la aplicación de los procedimientos industriales, la constitución de sociedades financieras, bajo la influencia evidente y exclusiva de los Americanos yanquis. Porque el contraste es todavía muy grande para las costumbres, el género de vida y el ideal. No faltan sin duda en México ni en las repúblicas subamericanas jóvenes educados en los Estados Unidos que se esfuerzan por copiar a sus educadores; sin embargo, esos individuos constituyen una excepción, y además se encuentran frente a adversarios que también han hecho sus estudios en las universidades del Norte y de allí precisamente han sacado fuerzas para conservar su originalidad latina contra la invasión amenazadora. En cuanto a la masa de las naciones iberoamericanas, permanece absolutamente refractaria al espíritu de los visitantes de lengua inglesa, y el sentimiento que se les manifiesta es el de la hostilidad. Admira ver cómo en el mismo territorio que los Estados Unidos se anexionaron en 1848 los habitantes de Nuevo México, de origen español mestizo; han resistido al trabajo de asimilación y, sin embargo, eran cincuenta mil apenas cuando la conquista: una gota de agua en el Océano.

* Sexta sección del capítulo “El Nuevo Mundo y la Oceanía”, del quinto tomo de *El Hombre y la Tierra*, publicado por primera vez por la editorial La Librarie Universelle en París, entre 1905 y 1908. Traducción de Anselmo Lorenzo.

El hecho esencial en la cultura mexicana, comparada con la de Estados Unidos, es que el elemento étnico dominante es de origen autóctono. Los yanquis son ante todo colonos europeos; los mexicanos, tomados en masa, son más indios modificados poco a poco por la levadura de la civilización europea apartada por los españoles, transformados por el cruzamiento en una raza. Algunos viajeros han podido engañarse en este asunto porque residían en la capital y en las ricas plantaciones donde dominaban blancos de raza más o menos pura. Habiendo comprobado y consignando desde el principio que la primera iniciativa provenía de los europeos y de su descendencia, y habiendo visto también después que muchas tribus indias se hallaban todavía apartadas en sus retiros de las montañas, deducían que la evolución de México podía compararse de lejos a la de Estados Unidos, lo que es un error, porque si la cultura europea, viniendo de arriba, se extendía cada vez más en la masa del pueblo, la mezcla o la indianización, elevándose de abajo, gana incesantemente en el conjunto de la nación mexicana. En la infinita complicación de las cosas, sucede que la lucha de dos elementos opuestos termina por la realización de un estado superior en que cada uno ha obtenido la victoria. Ciertamente los *Gachupinos* odiados, es decir, los españoles, han hecho prevalecer sus tendencias republicanas, su modo de civilización, su ascendiente moral, en tanto que los indios prevalecen en la estructura misma de la nación, constituyendo su carne y su sangre.

Sin embargo, ese trabajo está lejos todavía de haber alcanzado su término. En muchos puntos, y sobre todo en las grandes ciudades, un miserable residuo de proletarios mendigos y famélicos recuerda la antigua población de los esclavos; en otras partes los indios se ocultan todavía en grutas, evitando en cuanto pueden todo contacto con los blancos, y hasta recientemente contra los yanquis y los seris, al Noroeste, y contra los mayas, al Sudeste de la República, existe la guerra brutal, si no de exterminio, al menos de represión.

La entrada gradual de todos los indios en el mundo de la civilización castellana se hace con bastante rapidez para que las antiguas divisiones en naciones y en tribus sean ya muy difíciles de reconocer. Los sabios no concuerdan bien sobre el nombre de grupos distintos que quedan claramente diferenciados por el

lenguaje. Se cree que antes de la dominación española estaban en uso más de doscientos idiomas, más o menos afiliados entre sí en toda la extensión de México: actualmente pueden evaluarse en ciento veinte los diferentes lenguajes de las diversas partes de la comarca (Orozco y Berra). Algunos desaparecen en cada generación, y el cruzamiento, que transforma los “pieles rojas” en “caras pálidas”, reemplaza el tarasco, el othonis y tantas lenguas por el castellano. Varias naciones que tuvieron antes una civilización propia y un gran desarrollo intelectual –como los mayas de Yucatán– renacerán bajo otra forma y contribuirán indudablemente a la prosperidad común de la sociedad nacional más extensa a que en la actualidad pertenecen. Los toltecas, que se han fundido completamente en el conjunto del pueblo mexicano, han tomado una parte considerable en la historia del país, y los zapotecas de Oaxaca, que resistieron a los conquistadores españoles con más energía que los demás habitantes del México actual, se cuentan también entre los que en el movimiento contemporáneo de renovación muestran más vitalidad y energía.

Gracias a ese aumento continuo de la población latinizada, aumento al que viene a sumarse un excedente anual de natalidad y una inmigración bastante fuerte en que esos elementos “latinos” son con mucho los más representados, la República mexicana sostiene dignamente frente a los Estados Unidos su carácter de campeón de vanguardia en la concurrencia vital de las naciones y de las razas. Desde que España tuvo la dicha de no ser ya la dominadora y, por consiguiente, la enemiga, ha tomado como una vaga apariencia de madre amada de lejos por los pueblos que conquistó en otro tiempo y, a pesar de todo, inició en la consideración de un horizonte más dilatado y en la comprensión de un mundo moral más complejo y más extenso. A la influencia de España, que por la lengua común no puede menos de asociarse cada vez más a sus antiguas colonias, se une la acción de Francia, a la que México ha perdonado su intervención militar con tentativa de restauración imperial. París es la ciudad que los mexicanos consideran como el centro del mundo, y, siguiendo sus tendencias personales, su desarrollo propio, a París piden el bien o el mal, la ciencia, el arte, la poesía, las ideas de renovación o las frivolidades de la moda, las necesidades del

falso ingenio, las perversidades del vicio. En esa importación intelectual y moral se reúnen todos los elementos de la cultura moderna y se agota la fuerza de resistencia contra lo que el americanismo yanqui tiene de más mezquino y a veces también de insolentemente provocador. Sin embargo, el peligro existe siempre, incluso el de la conquista, de la anexión brutal, y el gran arte de la diplomacia mexicana consiste en evitar sin debilidad toda ocasión de conflicto con la poderosa nación vecina.

Y aunque México logre a fuerza de prudencia conservar su perfecta independencia, puede temer hallarse un día completamente rodeado, ligado, por decirlo así, en un círculo de hierro. Al Norte y al Nordeste ha de aumentar evidentemente cada día la presión de los angloamericanos; lo mismo al Este, donde el pabellón de Estados Unidos, atravesando el mar en todos los sentidos, flota como sobre su dominio; al Oeste, el inmenso Océano Pacífico es también reivindicado por los mercaderes de California como habiéndoles de pertenecer un día; por último, al Sur, el gobierno de Washington se presenta ya como amo sobre las dos regiones ístmicas de Nicaragua y Panamá. Siguiendo los intereses de su política y los deseos de sus hacendistas, envía invitaciones que en realidad son órdenes, desembarca tropas y hace ocupar militarmente los puntos estratégicos. No hay duda que con la importancia del sitio de paso aumentarán sus exigencias, y cuando el canal esté terminado con todo su instrumental, parece inevitable que los hombres del Norte posean sus márgenes. Entonces el círculo quedará definitivamente cerrado alrededor de la República mexicana. Ésta ha de comprender que debe ser solidaria de todas las pequeñas repúblicas de la América central. Cada golpe que les hiera repercutirá en su corazón. No sólo ha de pensar en su propia independencia, sino también en la de los otros grupos hispanoamericanos.

Sindicato de las naciones*

DE ESE MODO, al principio del siglo XX, la República norteamericana se une a las otras grandes potencias en la triste solidaridad de política agresiva, creadora de desavenencias internacionales, y se acostumbra a la idea de nuevas guerras. Y sin embargo, el conjunto de los pueblos civilizados se halla actualmente repartido de una manera muy estrecha sobre el globo empequeñecido para que sufra las mismas conmociones, participe en los mismos movimientos de opinión y tienda a administrarse según principios comunes. En oposición a esta tendencia, pero sometiéndose a ella en apariencia, puesto que no se habla ya del “concierto europeo”, sino del concierto mundial, los diversos grandes Estados, obedeciendo a sus tradiciones de rivalidad y de odio, continúan su antigua política de conquista y de anexión, de privilegios y de monopolios y hasta tratan de levantar murallas de la China a lo largo de sus fronteras, y no abdican en manera alguna el viejo derecho de opresión y de matanza sobre sus súbditos. Se ha visto a la Puerta matar metódicamente más de 300 000 armenios, de quienes temía su activa inteligencia y sus sentimientos demasiado libres; se ha visto a Rusia asistir complaciente a esos horrores y hasta facilitarlos, quizá con objeto de que sus regimientos, en un porvenir próximo, pudieran apoderarse fácilmente de una tierra sin habitantes sospechosos de espíritu revolucionario; se ha visto, en fin, a cada gobierno reservarse para continuar en su país, según las circunstancias, toda clase de actos por censurados que sean por la opinión del mundo entero. Sin embargo, sobre esas naciones y sobre los que las rigen, aparece ya, y cada

* Última sección del capítulo “Internacionales”, del sexto tomo de *El hombre y la Tierra*, publicado por primera vez por la editorial La librairie Universelle en París, entre 1905 y 1908. Traducción de Anselmo Lorenzo.

vez con mayor claridad, una imagen más grande, la del género humano constituyéndose en organismo unitario.

¿No es ya un hecho de importancia capital que casi todas las naciones cultas de la Tierra se hayan asociado en “Unión postal universal” para el transporte a través de los continentes y los mares, de las cartas y documentos, de los imperios y papeles de negocios, de las muestras de comercio, y por último, para el pago de pequeñas cantidades de dinero, y esto por un precio mínimo determinado de antemano según una tarifa uniforme? Desde el año 1875 funciona el servicio de una manera irreprochable, sin que los diversos Estados hayan de ocuparse de él más que para suministrar a la empresa universal el material necesario a las expediciones y para percibir la parte de los ingresos que les corresponde según las cuentas generales. Cada año se da a los interesados alguna nueva facilidad, alguna reducción de tasa; cada año la Unión postal cuenta con algún nuevo país en su liga que comprende ya más de mil millones de hombres, y el movimiento prodigioso de sus negocios aumenta en proporciones imprevistas. Para esta inmensa tela de araña que extiende sus hilos sobre toda la superficie de la Tierra, se ha escogido como centro la ciudad de Berna, humilde capital que no hace sombra a Londres, ni a París, ni a Chicago.

Después del éxito de esa hermosa obra mundial, se han lanzado muchas otras con el mismo resultado por la iniciativa de los individuos y de los grupos, a quienes los gobiernos, obligados por la fuerza de la opinión pública, han debido suministrar medios de ejecución. Así también los marinos de todas las naciones cambian las noticias por medio de señales conocidas de todos, y los contagios, peste o cólera, son detenidos en el lugar de origen, y telegrafiado el estado del barómetro de observatorio en observatorio, se traza diariamente desde 1863 el mapa de las presiones atmosféricas, base de toda previsión del tiempo. Y aun eso no pasa de insignificantes resultados del acuerdo mundial en comparación de los que tantos filántropos esperan del arbitraje. Verdad es que por el momento empiezan mal, conviniendo para escoger como árbitros a los personajes cuyo objetivo es directamente opuesto al de las naciones, a los dominadores que viven como parásitos de la médula del pueblo y cuyo interés inmediato consiste en tenerle en esclavitud. Cuando la conferencia de La

Haya se reunió en 1899, los inspiradores de aquel congreso internacional creyeron atestiguar una habilidad genial haciendo que el zar expidiera las invitaciones, aquél entre todos los hombres que, por el título y la ilusión de los pobres de espíritu, se acerca más a la majestad divina. Se imaginó cándidamente que la paz universal tenía grandes probabilidades de realización entre los pueblos porque el emperador de todas las Rusias se declaraba partidario de la conciliación universal, pero en el momento mismo en que el zar convocaba a los delegados de las potencias para reunirse bajo su sombra protectora, llamaba a las armas nuevas fuerzas militares y decretaba el aumento de su flota y el refuerzo de su artillería. Al mismo tiempo, como para dar seguridad a los Estados conquistadores ambiciosos de anexiones, se guardó bien de invitar a la reunión a los representantes de los pueblos amenazados: los enviados de las repúblicas sudafricanas, a las que a la sazón hacía Inglaterra una guerra indigna, no fueron admitidos; además, por “conveniencia internacional”, el representante de Dios sobre la Tierra, aquél cuya misión es predicar la paz entre los hombres, fue olvidado en la lista de las invitaciones. La conferencia de La Haya, a pesar de su ilustre patronato, no fue más que una comedia política, y sin embargo, no puede menos de ser considerada como un signo de los tiempos, porque, si la opinión de los hombres que piensan no hubiera llegado a la conclusión de que era necesario reemplazar todas las violencias de la guerra por el arbitraje, no se hubieran tomado la molestia de practicar aquel engaño.

Como quiera que sea la aparición de esa nueva anfictionía de los pueblos se manifiesta cada vez más a pesar de los intereses privados, exclusivos de los diversos Estados que quisieran conservar su aislamiento, y que bien a su pesar, se han visto obligados a constituirse en un sindicato general. El escenario se ha ampliado, puesto que comprende ahora el conjunto de las tierras y de los mares, pero las fuerzas que luchaban en cada Estado particular son igualmente las que se combaten en toda la Tierra. En cada país el Capital trata de avasallar a los trabajadores; así también sobre el gran mercado del mundo, el Capital, aumentando desmesuradamente, prescindiendo de todas las antiguas fronteras, trata de hacer que obre en su provecho la masa de los productores y de asegurarse la clientela de todos los consumi-

dores del globo, salvajes y bárbaros, lo mismo que civilizados. Se ha dado ya el caso de que una orden de bolsa determinara el envío de un escuadra, cuando el ministerio francés hizo ocupar Mitilene para recuperar un crédito usurario, y la guerra de Grecia contra Turquía, en 1897, estuvo de tal modo mezclada de especulaciones sobre los fondos otomanos, que surgió la duda de hasta qué punto las hostilidades eran serias y servían para ocultar bajo la farsa de las batallas y del fuego de los cañones el juego más desenfrenado del alza y de la baja. Era evidente que todo había sido preparado de antemano: todo se arregló para dar la victoria a los gruesos batallones de Turquía y para asegurar a la pequeña Grecia la posesión a lo menos mediata de la isla de Creta, que era el objeto de la guerra.

En la actualidad, la omnipotencia del Capital y su carácter internacional son fenómenos tan bien establecidos que se habla sencillamente, como de un hecho consumado, de la próxima substitución de los gobiernos por los bancos para la gerencia de la administración, lo mismo que para las empresas de la paz y de la guerra. Por lo demás, puesto que ya administran directamente –aunque bajo nombre supuesto– los miles de millones del presupuesto, ¿no administran también indirectamente todos los negocios del Estado? Y, por eso mismo, ¿no toman las diversas individualidades políticas un carácter cada vez más internacional bajo la dirección del sindicato, que puede tener interés en exaltar a tal o cual figura de la farsa política y que no ve en las naciones sino cifras que inscribir, según las necesidades del momento, en tal o cual columna del gran libro? Y sin embargo, por terriblemente poderosos que hayan llegado a ser esos grupos de comanditarios que se disputan los tesoros del mundo, no son todavía los dueños; cada día se producen conflictos entre ellos y las multitudes de trabajadores que emplean, debido a que la contradicción económica es absoluta entre el Capital y el trabajo: en tanto que el primero tiene por tendencia natural reducir a esclavitud a todos los que se hallan a su servicio, el segundo no puede menos que envilecerse y hundirse en la baja rutina si no es libre, espontáneo, alegre y creador de fuerza personal y de iniciativa. La conciliación de esos dos contrarios, cuadratura del círculo que buscan algunos hombres de bien, es imposible, pero a cada nueva lucha da lugar el resultado a transacciones tempo-

rales que, si hay progreso, se aproximan gradualmente a la justicia, que trae consigo la libre participación de todos los hombres en el trabajo, en sus productos y en las maravillas que descubre.

Tal es la idea de la sociedad. Estudiemos el estado actual de las cosas para ver si, en su rápida marcha del día, se mueve la humanidad en la dirección deseada.

A la redacción de *La Huelga General**

Barcelona

AMIGOS MÍOS: uno de nuestros compañeros me escribe de Suiza, algo desanimado a causa de las disensiones intestinas, de las disputas inútiles, de los esfuerzos sin resultado. Me pide consejo, y me permito responderle por la carta siguiente, que podéis reproducir en español si juzgáis que vale la pena, ya que en la actualidad carezco verdaderamente de tiempo para dedicaros otro trabajo, como fuera mi deseo.

Os saluda cordialmente

Eliseo Reclus.

Bruselas, 6 de diciembre de 1901.

Queridos compañeros: nos inclinamos generalmente a exagerar, sea nuestra energía, sea nuestra impotencia. En los periodos revolucionarios, nos parece que el menor de nuestros actos debe tener consecuencias incalculables, mientras que en los tiempos de marasmo nos imaginamos que nuestra vida, aunque dedicada constantemente al trabajo, queda sin alcance y sin importancia.

* Carta publicada en la revista *La Huelga General*, 1er año, núm. 5, en Barcelona, el 25 de diciembre de 1901.

Algunas veces hasta llegamos a creer que un movimiento de reacción nos arrastra.

¿Qué debe hacerse para mantenernos siempre en estado de vigor intelectual, de actividad moral y de confianza para el buen combate?

Os dirigís a mí quizá porque soy viejo y contáis con mi experiencia de los hombres y de las cosas.

Pues como viejo luchador me dirijo a vosotros los jóvenes en los términos siguientes:

1º. ¡Fuera discusiones! Comenzad por escuchar los argumentos del interlocutor. Exponed después los vuestros si os parecen serios. Enseguida callaos y reflexionad. No os repetáis jamás. Y sobre todo no hagáis nunca el sacrificio de la menor verdad a la violencia de la conversación o del discurso.

2º. Estudiad con juicio y constancia. Comprended bien que no basta el entusiasmo por una causa y saber morir por ella. Cualquiera puede hacerse matar, pero pocos son los que saben vivir como ejemplo y como enseñanza a sus hermanos. El revolucionario verdaderamente consciente no es sólo un ser de sentimiento, sino también un ser de razón: sabe apoyar los esfuerzos que practica en pro de la justicia y de la solidaridad social sobre conocimientos precisos y sintéticos en historia, en sociología, en biología; sabe, por decirlo así, encuadrar sus ideas personales en el conjunto general de las cosas humanas y presentarse así en la lucha con el inmenso prestigio que le da una ciencia profunda y evidente.

3º. No os especialicéis estrechamente en una patria ni en un partido. No seáis rusos ni polacos, ni aun eslavos: sed hombres que estudien la verdad con el mismo desinterés y sin la menor mira personal, ya se trate de chinos, de europeos o de africanos. Todo patriota acaba por odiar al extranjero, por convertirse en enemigo de la causa de justicia que abrazó en su primer arranque de entusiasmo.

4º. Ni "amo" ni jefe de fila, ni apóstol cuyas palabras se acaten con veneración, ni ídolo adorado. En el discurso del amigo más cariñosamente amado, del profesor más competente y más estimable, no busquéis más que la verdad pura, y si os queda in-

teriormente la menor duda comenzad de nuevo el examen de vuestra conciencia y de vuestro pensamiento.

Pero si rechazáis todo amo, penetraos del mayor respeto hacia todo hombre convencido y, siguiendo vuestra vida, dejad a cada uno de los compañeros seguir la suya.

Si tú quieres lanzarte a la pelea y sacrificarte defendiendo a los humildes, a los pobres, a los oprimidos: ¡en buena hora, amigo mío, ve a morir noblemente!

Si tú quieres trabajar lenta y pacientemente en la preparación de un porvenir mejor: ¡muy bien; haz tu obra dedicando a ella todos los instantes de tu vida generosa!

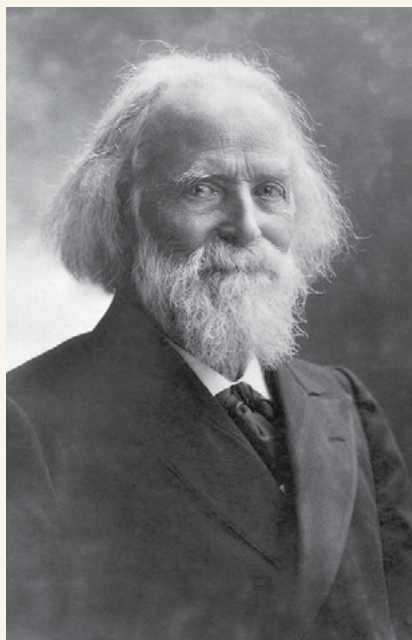
Si tú quieres obrar por la enseñanza, por la solidaridad constante de los esfuerzos con los desgraciados: ¡perfectamente; que tu existencia sea como una luz y resplandezca durante muchos años!

Salud, compañeros.

Eliseo Reclus.

Bruselas, 4 de diciembre de 1901.

La anarquía y otros textos, de Élisée Reclus, se terminó de imprimir en octubre de 2016 en los talleres de Porrúa Print. La edición consta de 1000 ejemplares impresos sobre papel *cultural* de 90 gramos; en su composición se utilizaron tipos Berkeley Oldstyle de 10 y 14 puntos



Élisée Reclus

Fue un sabio justo y rebelde. Llegó a ser uno de los más insignes exponentes de la geografía francesa del siglo XIX, además de un importante teórico del pensamiento anarquista. Su humanismo universal y el convencimiento sobre la construcción futura de una sociedad única y fraterna, se gestaron a lo largo de una vida de estudio, de trabajo incansable y de compromiso ideológico y social, que le valieron largos exilios y una dura estancia en prisión.

Esta selección de textos de Élisée Reclus (1830-1905) es una muestra de las miles de páginas que emergieron de su extraordinaria pluma, en las que siempre está presente el anhelo de libertad, de justicia social y de armonía entre el hombre y la naturaleza.



Eulalia Ribera Carbó

Geógrafa por la UNAM y por la Universidad de Barcelona. Es profesora e investigadora en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Sus proyectos y publicaciones se desarrollan principalmente en las líneas de la geografía histórica y la historia urbana. Desde el año 2001 es miembro del comité organizador de la Cátedra de Geografía Humana Élisée Reclus.